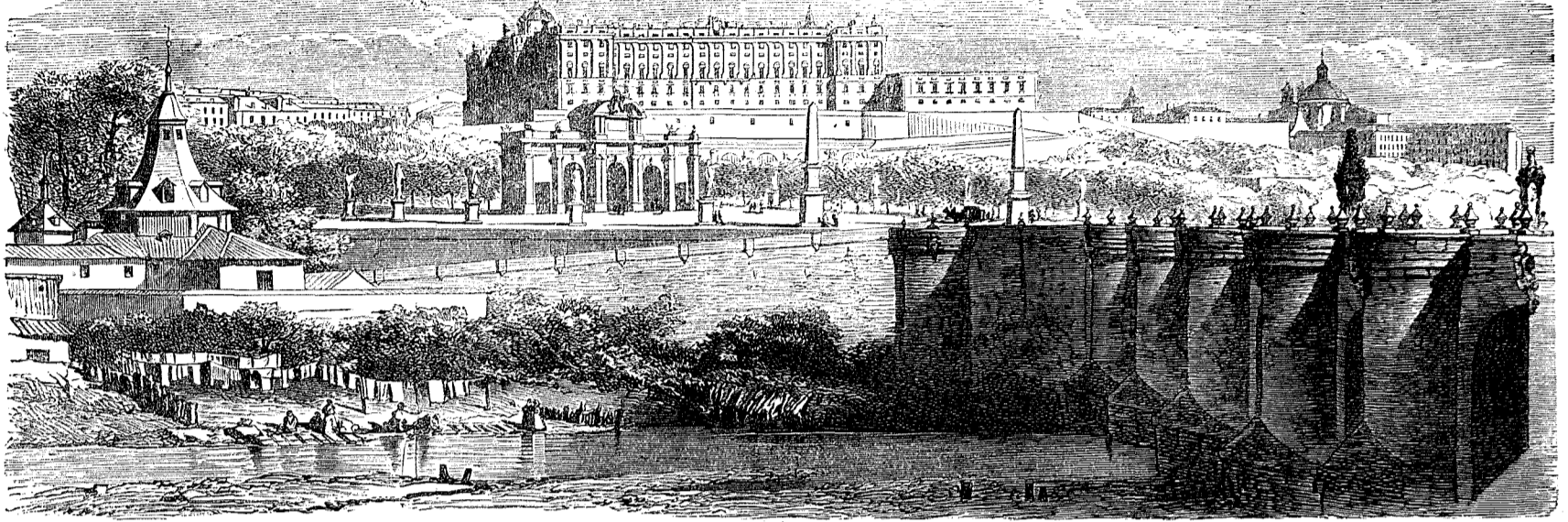




LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID, 12 DE FEBRERO DE 1870.

NÚM. 3.º

SUMARIO.

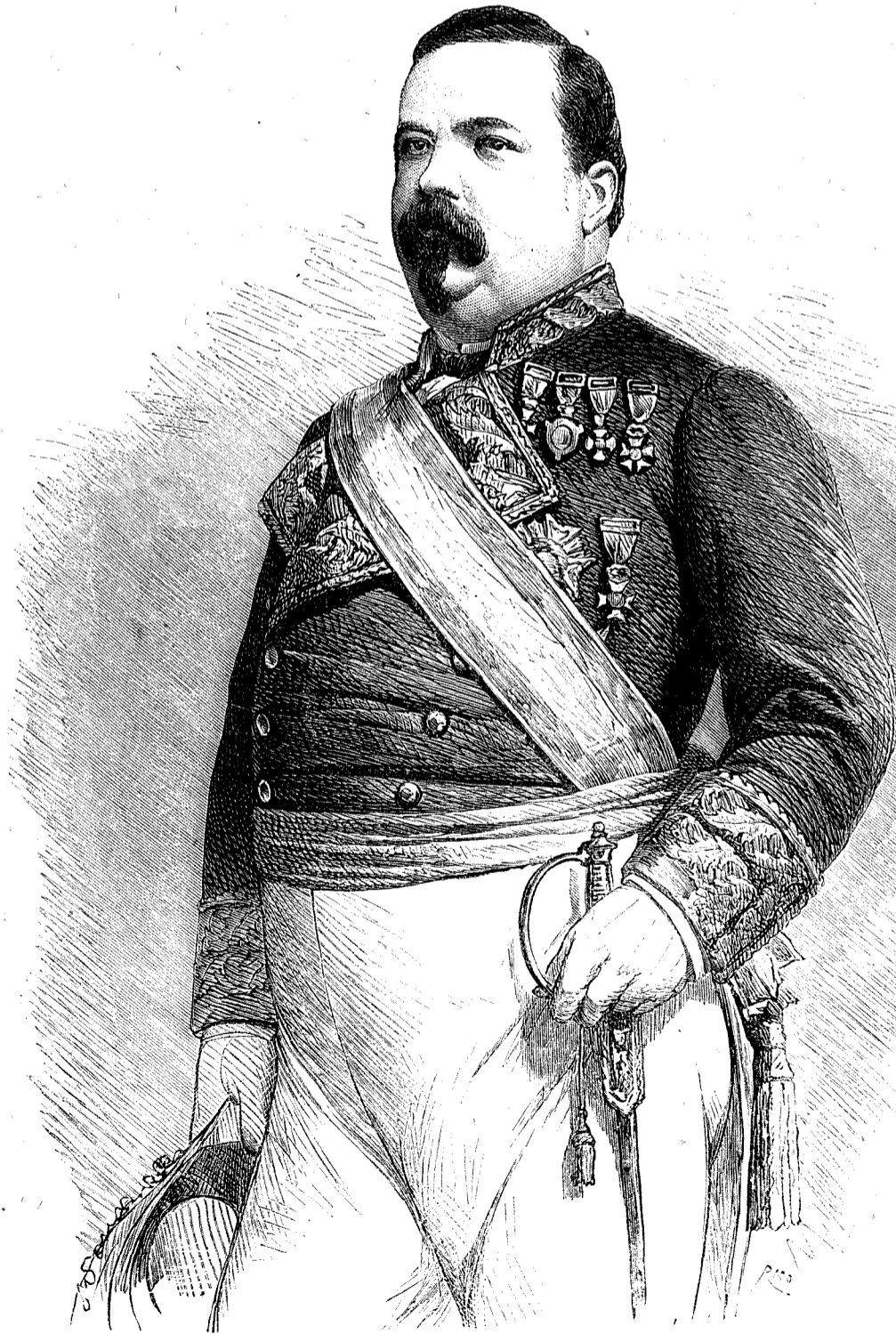
TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—Recuerdos de una Semana Santa en Roma, por D. Emilio Castelar.—Labradoras del Valle de Amblés (tipos de Avila), por B.—D. Blas de Villate y Lahera, Conde de Valmaseda, por don F. de Laiglesia.—El Rey don Jaime y el Obispo de Gerona, por D. Victor Balaguer.—El Niño menesteroso, por D. Roberto Robert.—La casa de los señores de Castril en Granada, por D. Manuel de Góngora.—Muerte por decapitación, parte primera, por el doctor D. Pedro Mata.—Galas de Madrid. *Un drama oculto de Lope* (conclusion), por don Antonio Hurtado.—Antigüedades prehistóricas. Carta segunda acerca de algunos descubrimientos, por D. Manuel de Góngora.—El general Puello, por D. F. de Laiglesia.—El capital y el trabajo (continuación), por D. Luis de Eguilaz.—Una calle de Toledo, por D. G. Becquer.—Naufragio de un falucho de pescadores en las costas de Benidorm.—El lago de los patinadores en el Buen Retiro, hoy Parque de Madrid, por D. R. C.—Cartones de Goya sustraídos del palacio de Madrid.—La tumba y la rosa (poesía) de D. R. Satorres.—Interrupcion de la línea férrea del Norte causada por las nieves entre Naval-Grande y Avila.

GRABADOS.—D. Blas de Villate y Lahera, conde de Valmaseda, dibujo de D. José Vallejo.—Labradoras del valle de Amblés, de D. Valeriano Becquer.—Casa de los señores de Castril en Granada, del mismo.—Naufragio de un falucho de pescadores, de D. R. Monleon.—Interrupcion de la línea férrea del Norte, de D. B. Rico.—El general Puello, de D. José Vallejo.—El lago de los patinadores, de D. Valeriano Becquer.—Una calle de la ciudad de Toledo, del mismo.—Tapices de Goya, de D. José Vallejo.—Objetos prehistóricos.—Jeroglífico.

ECOS.

La ciencia se encuentra ocupada hoy en la solución de un problema trascendental planteado en la guillotina.

Trátase de saber si la cabeza de un hombre decapitado vive durante un espacio más ó ménos largo de tiempo. Trátase de saber si Troppmann, como Cárlos V,



DON BLAS DE VILLATE Y LAHERA, CONDE DE VALMASEDA.

ha tenido el triste privilegio de asistir á sus propios funerales.

En el presente número de LA ILUSTRACION DE MADRID exclarece esta cuestión un distinguido hombre de ciencia. En cuanto á mí, que juzgo tan sólo con el criterio del sentimiento, creo que la única solución de este problema es... la supresion de la guillotina.

El siglo XIX es el siglo de la electricidad. Este fluido amenaza sustituir á todas las fuerzas físicas, y dejar al hombre tan inactivo como un dependiente de policía urbana.

La electricidad hace la luz, y trasmite la palabra: dibuja, teje, marca la hora, tira de las campanillas, imprime un libro y lo escribe quizás, y desempeña otros muchos oficios más ó ménos artísticos, industriales ó literarios.

En la interminable serie de descubrimientos que cuenta la historia de la electricidad, figurará siempre honrosamente el que acaba de hacer un comerciante de condecoraciones de París. Ha inventado cintas, cruces y placas de vidrio hueco y esmaltado, que se iluminan interiormente por medio de un microscópico aparato eléctrico.

Tenemos, pues, en campaña un tipo más.

El de *hombre ilustre iluminado á la veneciana.*

Como en todos los inventos de un mismo género hay siempre cierto parecido de

familia, yo creo reconocer á los abuelos de aquel luminoso descubrimiento.

¿Quién no ha visto en Madrid hace dos años, sobre todo en las noches oscuras y á horas avanzadas, un bulto que parecía desprenderse del quicio de alguna puerta y que avanzaba hácia el transeunte mirándole con un ojo enorme, centellante y terrible?

..... Acercábase el bulto y... no era un espectro; era un agente de la autoridad que llevaba una linterna á modo de broche luminoso en el cinto. Aquel cristal que brillaba en su vientre y que le daba el aspecto de un cosmorama ambulante, era una verdadera *condecoracion luminosa*: representaba, digámoslo así, el ojo de la justicia, que registra entre las tinieblas de la noche el corazón de los criminales.

Examínese el *distintivo* nocturno de aquellos dependientes de orden público, compárese con el invento de las *condecoraciones luminosas*, y estoy seguro que de este paralelo resultará algo que deba halagar nuestro orgullo pátrio: la evidencia de que hemos precedido á los franceses en la invencion de las *condecoraciones luminosas*.

Figúrense Vds. por un momento que D. Ramon de la Cruz se levanta del polvo en que yace y que con su sombrero de picos, su capotillo de casimir, sus medias de satén, sus escaupines de hebillas y su afición á las manolas y á los chisperos, se entra campante y triunfante por el campo de sus glorias literarias en busca de los tipos originales de sus sainetes.

¡Pobre D. Ramon! ¡Qué asombro el suyo al encontrarse con un Madrid recién fabricado, al ver á su antiguo Madrid echado á perder por la civilización!

Paréceme que veo á nuestro insigne ingenio, en la más cómica de todas las situaciones, mirar á un lado y á otro y dar á correr, espantado de lo que ve y de lo que oye...

Pero hé aquí á nuestro D. Ramon que llega desalado á las Vistillas, siempre en busca de la gente de su siglo, y...

¡Alto, exclama, gracias á Dios que estoy entre los míos! ¡Este es mi Madrid, el Madrid de 1790! ¡Es él! ¡No puedo dudar! ¡Me acaban de saltar un ojo de una soberbia pebrada!!

Por desgracia lo que pudiera pasarle á D. Ramon de la Cruz, si volviera al mundo, le pasa á cualquier prójimo que se dá una vuelta por las tardes hácia las Vistillas; monumento imperecedero que atestigua la heroica resistencia que los chicos de aquel barrio oponen á los progresos de la civilización moderna.

En la administración italiana se ha efectuado una gran reforma, que considero oportuno poner en conocimiento de los empleados públicos de España.

Se han colocado en las oficinas unos relojes de nueva invencion, los cuales tienen la deplorable habilidad de marcar las horas en que los funcionarios funcionan, y las en que, faltando á sus deberes, se entregan á los corruptores halagos del ócio.

El reloj es el compañero del hombre. Lleva la contabilidad de su vida, suma y resta su existencia, le conduce con paso rápido á la juventud, le advierte su fin en la vejez, y es, por último, con su eco vibrante y tenaz, como el paso de la vida que huye para siempre.

Y, ¡ah! ¡cruel! ¡No le bastaba dar todos estos disgustos al hombre, sino que habia de entrar en las oficinas públicas y marcar allí, con signos de infamia la sublime pereza de los empleados! ¡Vedlos entrar en sus oficinas y dirigir una mirada de terror á la fatal esfera! ¡Vedlos enrojecerse de indignacion y de vergüenza ante aquel agente de policía con péndola! ¡Horrible maquiavelismo!!

Al mismo tiempo que me enseñaron un duro de los nuevos, me dijeron que corrían ya otros falsos.

Esto se llama actividad en el delito.

Si las autoridades imitan el celo de los falsificadores y dan con ellos, recomiendo á los tribunales que consideren como circunstancia atenuante el haberse hecho los duros falsos casi al mismo tiempo que los legítimos, y aprecien el acto como lo que es; como fruto únicamente de una lamentable *ligereza*.

El 20 empezarán en el Parque de Madrid las carreras de velocípedos, cuyos productos se destinan en parte á los establecimientos de beneficencia.

Paréceme digna de elogio la inversion de los productos, caso de haberlos.

Sin embargo: si en esas carreras *velocipedísticas* los *ginetes* sufren tantos desperfectos físicos como en otra que presencié yo no há mucho tiempo, de fijo que los hospitales y las casas de socorro salen perjudicados.

Pero no será así; que yo tengo noticia de que los protagonistas de aquella fiesta saben correr montados sobre una rueda con mayor rapidez y gentileza que la misma diosa de la fortuna sobre su mitológico velocípedo.

También con un objeto filantrópico tendrá lugar el 19 del corriente en el teatro Nacional de la Opera un gran baile de máscara.

Dá este baile el Ayuntamiento, y el beneficio será para las casas de socorro y asilos de San Bernardino.

Me presumo que la concurrencia será inmensa. ¡Y cómo no! El escritor, el artista, el empleado, el comerciante, el obrero, todos se quejan de la actual postracion de sus profesiones, artes y oficios: todos auguran que si estos tiempos no son buenos, han de venir otros peores; todos, en fin, disgustados del presente, piensan ya en el porvenir. Y el porvenir de España es constituirse en un gran establecimiento de hombres desocupados bajo la paternal advocacion de San Bernardino. Así, pues, reitero mi afirmacion de que la concurrencia será muy numerosa. Es necesario contribuir á la prosperidad de ese asilo; es preciso pensar seriamente en el día de mañana.

¡Animo, jóvenes de ambos sexos que aún conservais humor para dibujar con las piernas los círculos de un vals ó las incorrectas líneas de unas habaneras! ¡Á bailar, é inspiraos sus piruetas más filantrópicas el génio de la beneficencia!

En Constantinopla se ha nombrado agentes de policía á tres mujeres.

Veo que el Sultan es hombre que lo entiende.

Si la mujer sólo por matar el tiempo entretiene su vida fiscalizando las ajenas, ¿qué no hará cuando se ponga á curiosear de oficio?

Pero quizás la Sublime Puerta tenga motivos de arrepentirse dentro de algun tiempo de los nombramientos en cuestion. Ya me parece que leo en el *Diario de Constantinopla* la siguiente ó parecida noticia:

«Caso inaudito.—Se confirma el hecho de haberse fugado un agente de policía con un *bajá* de varias colas. Dícese que el agente llevaba una orden de prision contra aquel personaje; pero que impresionado por la hermosa presencia del *bajá*, no tuvo valor para resistir á una proposicion de matrimonio que le fué dirigida.»

Y en casos parecidos ¿qué agente de policía con faldas tiene valor para decirle á un *bajá*: *Eres turco y no te creo?*

El cuerpo coreográfico contratado por el Sr. Rivas en París es algo más que un *cien piés*; es un cuerpo de ciento setenta pantorrillas: todo un almacén de medias, toda una fábrica de zapatos blancos; un océano de tul y una primavera de flores y ojas de papel y tela pintados.

Seguro estoy que el público llenará el Circo de Recoletos cuantas noches haya en él una exposicion de piernas tan brillante.

Y también estoy seguro de que no irá por afición al arte... ni aún por afición á las artistas.

Irá... espinoso es decir por qué irá; mas...

Publique Vd. un decreto mandando que las maestras de escuela expliquen á sus discípulas en traje no más largo que el de las bailarinas, y verá Vd. agolparse el público á las puertas de los colegios.

El arte coreográfico sólo puede morir de un tizeretazo de las modistas. El día en que éstas reduzcan las proporciones del vestido del bello sexo á las del tonelete de una bailarina, el Sr. Rivas se declara en quiebra.

Una lectora: Me parece que este *Eco* viene en traje muy corto.

Un lector: Es un asunto de poca tela.

Un acontecimiento. La Academia de la lengua publicará en brebe un *Diccionario de la Rima*.

Estos depósitos de géneros poéticos, son muy útiles. No t dos nacen Calderones. Bueno es que el empleado y el tendero, que acostumbran á solemnizar los días de sus señoras con algun *ovillejo*, tengan un sitio de confianza donde surtirse de *consonantes*.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

RECUERDOS

DE UNA SEMANA SANTA EN ROMA.

Estamos en Civita-Vechia. Cuando el bote se aproxima rápidamente á tierra, el corazón os salta en el pecho de entusiasmo. Los edificios que os rodean ya os hablan de la majestad romana y de la elegancia griega. Teneis tentaciones de recitar los versos que Virgilio puso en boca de los compañeros de Enéas. La vista de Italia deja en vuestro pensamiento una estela más profunda que la quilla de la barca en el mar. Cuando atracáis á tierra, os falta tiempo para saltar. Si nuestro siglo no estuviera reñido con la manifestacion aparatosa de los grandes sentimientos, postraríame de hinojos sobre el suelo para besarlo. *Italiam, Italiam: primas conclamant Achaes*. Pero habíame olvidado en mi entusiasmo de que esta Italia es la Italia pontificia. Un aduanero os detiene y os pide el precio de la entrada como en vil teatro. Una nube de mendigos, en cuyos rostros estatuarios ha impreso la miseria sus tristes huellas, se reparten á gritos vuestro equipaje como un botín. La policía sale á reclamaros los pasaportes, en toda Europa civilizada ya abolidos. Allí os los visan exigiéndoos otra gabela, apesar de venir visados con gabela de la nunciatura de París ó del consulado de Marsella. Enseguida el equipaje entra en sórdido almacén, oscuro además como un calabozo de la inquisicion; oscuridad incomprendible en esta tierra del cielo espléndido y de la luz deslumbradora, que dan á los ojos con un festín de colores una embriaguez de poesía. Por efectos usados, ó adcritos á vuestro uso, os exigen derechos de aduana.

Quando, pagados estos derechos, ya os contáis libre, veis todos los bultos arrojados á un carretón, del cual tiran varios jóvenes haraposos, sin camisa, que os gritan: á la aduana. ¿Pero otra vez? La tasa, el arancel prohibitivo, la incomunicacion con el mundo serán también de derecho divino. ¿El Papa necesitará para ejercer su autoridad sobre las conciencias apoyarse fuertemente en los errores económicos de la prohibicion y en los errores políticos del absolutismo?

Yo comparaba esta entrada en los Estados Pontificios con mi entrada en los cantones suizos. Sentimientos no ménos sublimes ciertamente os poseen al contemplar aquellos montes por pirámides de eternas nieves terminados; aquellos bosques verdi-oscuros, á cuyos piés se extienden praderas de un verde claro, tachonadas por toda suerte de flores; aquellos lagos azules perezosamente dormidos al pié de colinas preciosísimas puestas en sus bordes como para contrastar con los nevados picos hundidos en la profundidad de los cielos; aquellos rios impetuosisimos, cuyas claras aguas se despeñan con solemne rumor; aquellas blancas aldeas habitadas por una fortísima raza, que ha logrado realizar el mayor bien posible en las sociedades humanas: la alianza de la democracia con la libertad. Nadie os perturba en la contemplacion de estas grandezas. Ningun aduanero os registra el equipaje; ningun esbirro os pregunta vuestro nombre. La libertad ha abierto al universo aquellas montañas que parecen muros impenetrables. Pero en las playas romanas, en estas playas que os llaman como sirenas, el absolutismo ha puesto una nube de alcahaleros y de espías para cerrarlas, cuando las ha abierto naturaleza, como á todos los vientos, á todas las razas.

Nada más incómodo que el registro de los equipajes, nada más minucioso. Caen los aduaneros sobre los libros con recelo inquisitorial. Y despues que lo han removido todo, y lo han ojeado todo, entregan cada bulto á un empleado que lo conduce á la estacion, pidiéndoos de nuevo derechos cuyo importe monta á tanto como la primera contribucion de la primera aduana. ¿Hay paciencia para sufrir una administracion como ésta? ¿Es posible que en medio de Europa exista un territorio privilegiado y en él una porcion, la más augusta por sus glorias, de la familia humana, en perpétua ruinoso tutela? ¿El Espíritu Santo, que derrama sobre la cátedra de San Pedro torrentes de verdades religiosas, no querrá por misericordia concederle ni un átomo siquiera de las verdades políticas y económicas que son la honra y la riqueza de los pueblos modernos? Así es que el ánimo se aparta del lado económico y administrativo del paisaje para fijarse en el lado pintoresco. El cielo es de espléndido azul claro; el mar como el cielo; el aire tibio y aromático; las piedras de la costa parecen doradas y bruñidas por la luz; en los árboles asoman las tiernas hojas que abril hace brotar con sus primaverales besos; y entre corros de alegres chiquillos medio desnudos pasan de vez en cuando algunos frailes, los cuales, con su túnica blanca y su manto de parda estameña, me parecen evocaciones de otras edades, ruinas vivientes, paseándose, como los

fuegos fátuos por los cementerios, sobre las ruinas de piedra.

Suena la hora de partir á Roma. El tren silba. Civita-Vechia es el puerto de los Estados Romanos. Pero ni un carro, ni un fardo, ni un trabajador, ni un barril; nada que indique la existencia del comercio, como no sea el aduanero puesto allí para impedirlo. Mucho habia oido hablar sobre la tristeza del campo romano; pero nunca creí que llegase á tanto. Es la desolacion de las desolaciones. Parece que la muerte se ha tragado hasta las ruinas. Los buitres y los cuervos han comido hasta los huesos de este gran cadáver. Once estaciones hay entre el mar y la Ciudad Eterna. En ninguna de ellas se ve un pueblo. Los empleados pronuncian nombres sonoros como Rio Fiume ó Magliana; nombres que se pierden, vanos ecos, en la inmensidad del desierto. Extraña mucho, muchísimo, ver que un tren se para en la soledad, sin que nadie baje ni suba, sin que nadie mire, sin que se cargue ni se descargue un fardo. A veces algunas cabañas circulares, terminadas por una cruz de palo, es todo cuanto se decora con el pomposo nombre de estacion. Diriais que son tumbas de salvajes. El tren marcha proporcionalmente como una carreta. Esta lentitud os permite descubrir el inmenso horizonte; el campo desolado, pantanoso; algunas yeguas que corren, ó búfalos que se plantan como para contemplaros; ó rarísimos pastores á caballo en jacos matalones; ó un carro sobre el cual anda tendida una familia devorada por la fiebre, y que parece resto de razas nómadas muriendo sobre aquel desierto donde yacen tantas antiguas majestades caídas y enterradas.

Los errores económicos trascienden á muchos siglos, á muchas civilizaciones. Los campos romanos, en los primeros tiempos de la República, cuando los cultivaba Cincinato, podian llamarse los Campos Elíseos en el mundo; un semillero de riquezas, un lugar de felicidad y de abundancia. El vino, el trigo, el aceite, la miel, la leche, eran por el trabajo agrícola producidos de tal manera, que Roma se bastaba á sí misma. Pero poco á poco las grandes familias se fueron apoderando de aquellos campos ántes repartidos entre muchos y por muchos trabajados. A fin de evitarse jornales, convirtieron las tierras de labor en tierras de pasto. Un esclavo les bastaba para guardar el ganado. Los riegos se suspendieron. Los canales se cegaron. Perdiéronse las acequias. Las aguas se estancaron en los lugares bajos. Aquellas aguas que cuando corrían para el riego llevaban en sus corrientes la vida, comenzaron con sus emanaciones pútridas á esparcir la muerte. Conquistado el mundo conocido, el pueblo romano ya no tenia la ocupacion de la guerra, y habia olvidado la ocupacion del trabajo. De aquí el cesarismo para que lo alimentara y lo divirtiera. Del cesarismo, la muerte moral, que está en la tiranía como la muerte material en las lagunas pontinas. Con razon decía Plinio: *Latifundia Italiam perdidere*.

Por fin, al caer la tarde, cuando las sombras se desprendian sobre Roma, llegamos á la Ciudad Eterna; á la que nos ha dado la jurisprudencia con sus pretores, los municipios con sus procónsules, la libertad con sus tribunos, la autoridad con sus césares, la religion con sus pontífices; piedra milliaria donde están escritos los anales del genero humano; tumba de la antigüedad; arco de triunfo por el cual entraron las edades modernas en la vida; templo á que han venido por espacio de quinientos siglos las generaciones católicas á recibir la luz de su espíritu; academia en que todavía aprenden los artistas delante de cincuenta mil estatuas y de millones de columnas los secretos de la forma plástica; campo de batalla donde yacen enterrados los dioses todos de las teogonias antiguas, al Panteon trajidos en los carros de triunfo; desde cualquier lado que se la mire, la ciudad más augusta y más colosal de cuantas han reinado sobre la tierra; la que todavía dirige la conciencia de una parte del genero humano con el prestigio de sus recuerdos, con los misterios que se levantan de sus gigantes cas ruinas.

Yo no pude preservarme de un gran sentimiento de veneracion hácia esta ciudad única en el mundo. Babilonia, Tiro, Jerusalem, Atenas, Alejandria, han reinado en la historia antigua, en cierto período de tiempo y en limitado espacio, realizando cada una su idea, despues de lo cual han desaparecido en el polvo de sus ruinas, sin dejar más que los recuerdos de su vida en la historia ó los huesos de sus cadáveres en la tierra. París, Londres, Nueva-York, reinarán en la historia moderna. Pero esta Roma que los antiguos llamaron la Ciudad Eterna abraza los dos hemisferios del tiempo, el mundo antiguo y el mundo moderno.

¿Qué serie de emociones reserva Roma al viajero! Por muy católico que seáis, por muy vivas que en vuestra alma estén las ideas aprendidas en la primera educacion;

á la vista de las estatuas del mundo antiguo, de estos faunos que sonrien con una sonrisa inmortal, de estas diosas por cuyas carnes de mármol parece que circula el calor de la vida y la sangre de una eterna juventud, delante del coro de las divinidades griegas en su inmóvil reposo, en su olímpica serenidad, en su armonía perfecta entre la forma y la idea resplandeciente de hermosura que irradian sus ojos, que se desprende de sus labios casi vibrantes aún con el himno de la poesía clásica; delante de estos muertos de piedra, más vivos y más inteligentes que los hombres de carne que hoy los guardan, sentis dolor infinito por la muerte de la religion del arte, y os dan tentaciones de pedir que se levanten de nuevo los antiguos templos y continúen los interrumpidos sacrificios para oír los cánticos de los coros, las páginas elocuentísimas de Platon, ó los acentos de libertad de Demóstenes, en medio de aquel mundo, y bajo el número de aquellos géneos que derramaron de sus copas de ámbar sobre la tierra el licor de una eterna alegría. Goethe sintió esta profunda emoción clásica en el Museo del Vaticano, residencia de los pontífices católicos, por un milagro del arte convertida en olimpo de los dioses paganos.

Así os sucede con el mundo cristiano. Las grandes Basílicas, apesar de su colosal majestad, os dejan frios. Aquellos monumentos de mármol, de bronce, relucientes de oro y de pedrerías, inundados de luz, riquísimos de mosaicos y de bajos relieves, os deslumbrarán, pero no os conmueven. La frialdad del mármol llega hasta el alma. Pero cuando entráis, por ejemplo, en las catacumbas de San Clemente; cuando veis la tierra húmeda donde estuvo guardada cuatro siglos la semilla de la idea cristiana; cuando, al resplandor de una antorcha, descubris en el subterráneo la inscripcion trazada por el mártir, la pintura al fresco que parece todavía teñida de sangre, los símbolos de la esperanza en medio de los terrores de la persecucion; creéis oír el himno de los catecúmenos entonado bajo los festines mismos de los césares, á la puerta del circo donde rugian las fieras que iban á devorarlos; y el sentimiento de amor inspirado por todos los grandes sacrificios viene á sobrecogeros con su misticismo sublime, y os dan tentaciones de quedaros allí á contemplar de rodillas los misterios de la eternidad y á dormir el sueño de la muerte en el sepulcro de los primeros cristianos, sepulcro iluminado por la fé.

¿Pero cómo se borran estas emociones así que veis la corte pontificia! No puedo resistir á la tentacion de recordar un cuento del más gracioso de los escritores italianos, de Boccaccio.

«Erase un cristiano viejo, florentino, muy dado á ganar almas para el cielo, mérito en que libraba su eterna bienandanza, cuando dió con un, no recuerdo si moro si judío, y puso empeño en abrir los ojos de su alma á la eterna luz; pero con tal traza, que en breves dias habia logrado tenerle ya punto ménos que convertido; cuando se le ocurrió al infiel, llevado de su naciente celo, la idea de ir á Roma; idea que desconcertó á su misionero, por que temió que las liviandades de aquella corte serian bastantes á reducir á cenizas su portentosa obra: mas ¡cuál no fué su extrañeza, cuando vió volver al catecúmeno hecho de hieles contra su antigua religion y de miel para la nueva, exclamando: ¡Padre mio! me convierto; porque si apesar de las liviandades del clero de este siglo la Iglesia existe, crece y se fortifica, es sin duda porque, depositaria de la verdad, merece la directa proteccion del Cielo.»

Yo no acusaré á la corte que rodea á Pio IX de liviana. Jamás acostumbro á acusar sin pruebas, y siempre me inclino á creer el bien y á no injuriar á la naturaleza humana. Yo creo á Pio IX un respetable anciano perfectamente moral. Yo supongo que el ejemplo de su moralidad trasciende á toda su corte. Pero yo digo que ni él ni cuantos le rodean comprenden el espíritu de este siglo razonador, independiente, libre, quizá demasiado positivista, que desea un culto espiritual y desinteresado para oponerle al desenfreno del mercantilismo, y que no encontrará nunca la satisfaccion de este deseo en el pomposo y vano lujo con que la corte de Roma adorna las ceremonias religiosas convirtiéndolas en el culto de los sentidos. ¿Por qué lado peca nuestro siglo? Por el lado industrial, por el lado mercantil. Las maravillas de la industria le han hecho olvidar las maravillas de las ideas que se ocultan en el cielo del alma. Esta tendencia sobrada exclusiva de su carácter puede traer una de esas reacciones idealistas que equilibran la naturaleza humana, como la accion demasiado sensual del imperio romano sobre la conciencia trajo la reaccion demasiado espiritualista del cristianismo, que convirtió un mundo de epicúreos en otro mundo de monjes. Podia muy bien la antigua religion del espíritu aprovechar un momento de crisis en la conciencia para reivindicar alguna parte

del influjo moral que ha perdido. Pero con ese sistema de lujo desenfrenado, de comparsas churriguerecas, de cortesanos vestidos caprichosamente, de pajes cargados de oro, de cardenales con *rochettes* y armiño, de obispos con mitras orientales, de suizos arlequinados, de guardias nobles que llevan el manto de terciopelo negro sobre los hombros y la espada de plata sobre el vientre, de domésticos cubiertos con túnicas de todos los colores del iris, de lacayos cuyos plumajes desafian á todos los pintados loros del trópico, de soldados con uniformes como el célebre del general Boom en la Gran Duquesa de Gerolstein; con todo ese lujo oriental, la corte de Roma se aparta de Cristo y se acerca á Heliogábalo.

Es el Domingo de Ramos. La gran Basílica de San Pedro va á presenciar la bendicion de las palmas. Dentro de ella el pueblo está relegado al término último, como si no hubiese recibido con el bautismo el sello de la igualdad cristiana. Del altar mayor á la gran puerta, se extienden dos filas de soldados para impedir á la muchedumbre que se acerque al Papa. Aunque la concurrencia es numerosísima, apenas se advierte en aquellos dilatados espacios. Baste decir que en San Pedro caben sesenta mil almas. Las voces de mando militar resuenan fuertemente en el templo, donde sólo debiera resonar la voz de la oracion. Los fusiles al descansar producen grande estrépito en el pavimento de mármol. Los asistentes son extranjeros, en su mayoría ingleses. Oyense todas las lenguas. La italiana es la que ménos se oye. Roma, como en los tiempos de Tácito, se halla ocupada por los extranjeros. El ciudadano romano casi ha desaparecido en la inundacion de extrañas gentes llamadas por el Papa en su socorro. A la hora prefijada, la procesion que trae á Pio IX, comienza. Es imposible que nadie pueda dar una idea de las diversas gentes que le acompañan, y de los diversos trajes que estas gentes visten. Se necesitaria una endiablada nomenclatura, como las nomenclaturas de Bizancio. Por fin, despues de un ejército de cortesanos, aparece el Papa llevado en unas andas como los santos de nuestras procesiones, sentado en una silla dorada, con manto de terciopelo carmesí y mitra blanca, el báculo de oro en la mano izquierda y la derecha ocupada en lanzar bendiciones á los que las reciben de rodillas. San Pedro parece un teatro. Las tribunas, alzadas en gradería bajo los grandes arcos que sostienen la maravillosa rotonda de Miguel Angel, se hallan ocupadas por las damas. La disposicion de estas tribunas religiosas me parece idéntica á la disposicion de la platea central en la Grande Opera de París. Los caballeros vestidos de rigorosa etiqueta ocupan el pié de las tribunas.

Durante la misa, unos hablan, otros pasean, y todos dirigen alternativamente sus anteojos de teatro, ya á las damas que ocupan las tribunas, ya á los cardenales que ocupan el ábside de San Pedro. Los guardias nobles, vestidos como nuestros caballeros de la corte de Felipe IV, con calzon corto, media de seda, ropilla de terciopelo, las mangas acuchilladas y adornadas por grandes elipses de raso, la capa á la espalda, el espadín con puño de acero delante, la gorra negra bajo el brazo y la golilla blanca al cuello, se mezclan á la conversacion general y al general paseo. Solamente los suizos se hallan allí inmóviles. Me dan compasion al considerar que han sido bastante enfermos del alma para dejar sus montañas y su libertad por servir ¡pobres mercenarios! á un soberano extranjero. El traje que llevan fué dibujado por Rafael. El gran pintor no se mostró en este traje gran colorista. Es una mezcla de retazos de paño negro, encarnado y amarillo, un casco adornado con plumero blanco les cubre la cabeza, y una elegante alabarda es su arma. Parecen maniqués vestidos de arlequin.

Despues que se ha concluido la funcion es de ver la plaza de San Pedro. Una inmensa multitud la ocupa: coches lujosísimos la atraviesan en todas direcciones; las músicas militares entonan marciales marchas; la decoracion es maravillosa: en el centro el obelisco, mudo trofeo de las victorias del pueblo romano sobre el Egipto; á su lado dos fuentes que lanzan á los aires dos rios en grandes surtidores; á derecha é izquierda los intercolumnios abiertos en colosales semi-círculos, dejando entrever la graciosa vegetacion meridional de los próximos jardines, y rematados por magnífica diadema de estatuas; sobre una altura el Vaticano, palacio donde han dejado testimonio de su géneo los primeros artistas del mundo, y en el fondo, al terminarse elegante gradería, la iglesia de San Pedro coronada por la rotonda de Miguel Angel, que se dibuja admirablemente, como un templo aéreo ascendiendo á lo infinito, entre los arboles de este cielo arrebatador que extiende sobre todo, como una mágica gasa de incomparable hermosura, su áureo manto de luz.

Pero no he podido dejar de hacer una observacion que

me inspiró la fiesta. Esta ciudad no puede, apesar de tantos esplendores, permanecer encantada siempre con el filtro del misticismo, ni presa siempre en las redes del arte. Cuando la religion tenia en sus manos la ciencia, el arte, la política, era natural una sociedad como ésta, dirigida por castas sacerdotales. Pero desde que todas las funciones sociales se han convertido en láicas, el gobierno teocrático es imposible. Noté, pues, que los coros de la Capilla Sixtina han decaído mucho. Las sublimes inspiraciones de Palestrina á duras penas encuentran dignos intérpretes. Tal decadencia se explica por la dificultad que hay en nuestro siglo de encontrar cantores con las condiciones exigidas por la corte romana. Es sabido que no permitiendo el ritual coros de mujeres en San Pedro, se apela para tener tiplees á reducir á ciertos varones desde su infancia á la condicion de aquellos infelices que guardan los serrillos del Oriente. Alejandro Dumas refiere con mucha gracia en sus viajes, que vió á la puerta de una barbería romana este rótulo ó anuncio: "aquí se perfeccionan muchachos." Yo no he visto cosa semejante. Pero sé que los coros de tiplees se pierden, porque ya no hay familias tan despiadadas que por luero se atrevan á inocular á sus hijos. Pues bien, no podeis exigir tampoco que para existir una autoridad religiosa y moral en el mundo, haya una ciudad sin prensa, sin tribuna, sin los derechos primordiales constitutivos de la virilidad de los pueblos.

Con sólo entrar en Roma se observa que su estado es un estado violento. A tres mil suben los emigrados en una ciudad de doscientas mil almas. Cuatrocientos son hoy los presos por causas políticas. Y un sacerdote muy ilustrado, muy amigo del Papa, y hasta entusiasta por su poder temporal, me ha asegurado que hay más de setenta mil garibaldinos en Roma. Todo indica un gran terror. Así las puertas de la ciudad se hallan todas defendidas por barricadas. A las nueve de la noche quedais encerrado dentro de sus muros, hoy que las ciudades derriban sus puertas para dejar entrar con la luz y el aire las ideas de todas las ciencias, los productos de todas las zonas, los representantes de todas las razas.

Desde el anoche, en cada esquina encontrais dos guardas armados de fusiles, como si estuvierais en una plaza sitiada. Los pasaportes se registran con una minuciosidad indecible. Un Estado que apenas tiene seiscientos mil almas, sostiene veinte mil hombres de ejército.

Estos veinte mil hombres son de diversas naciones y hablan diversas lenguas. La mayor parte no entiende el italiano. Así no hay entre ellos los lazos de la sangre y del habla, aunque haya los lazos de la religion y de las ideas políticas. Esto es un gravísimo inconveniente para mandar las maniobras. Aunque se haya convenido usar el francés, como lengua más universalmente conocida, los soldados en su mayor parte no lo entienden. Luégo, para vivir en Roma bien (no habiendo en ella nacido), se necesita una grande elevacion de espíritu, capaz de comprender todo cuanto dicen sus monumentos, sus artes, sus ruinas. Los que no saben oír esa voz elocuentísima que despierta tantas inspiraciones, se fastidian en esta ciudad académica y monástica. Y no digo esto á humo de pajas. He notado una alta elegancia,

LABRADORAS DEL VALLE DE AMBLÉS.—TIPOS DE ÁVILA.



cia, una distincion de maneras en el ejército pontificio que inútilmente buscariais en los demas ejércitos de Europa. Se conoce bien que si una gran parte es ejército mercenario, atento á las pagas, ligado por su enganche, la mayor parte se compone de jóvenes exaltados por un culto caballeresco á las viejas instituciones, románticos en su fantasía y en su vida, caidos muchos de sus ilusiones, desengañados otros, extraños todos, pidiendo al ejercicio de las armas y al ruido de los campos el alimento á su misticismo que otra generacion más religiosa y más tranquila pediria al silencio del cláustro y á las maceraciones de la penitencia. Estos soldados han venido de los cuatro puntos del horizonte, pues á todas las razas pertenecen y hablan todas las lenguas en demostracion de que Roma guarda bajo los pontifices el carácter de universalidad que le dieron los Césares. Pero ésta ventaja moral es la desventaja material de su ejército. Como la idea de individualismo que los germanos trajeron á la historia moderna se halla tan arraigada, las diferencias de raza, de nacionalidad, de carácter, brotan por todas las filas y ocasionan innumerables conflictos. Como los oficiales hablan una lengua y los soldados otra, apenas pueden establecerse entre ellos esas relaciones del corazon, más necesarias que las relaciones de la disciplina en los momentos de peligro. Como los mismos soldados no se entienden materialmente entre sí, no hay unidad en este cuerpo. Y se observan con más claridad tales inconvenientes cuando se ven los obstáculos con que luchan los jefes para mandar las maniobras. La Roma católica tomó el latin pagano para que todos sus miembros tuvieran con un sólo espíritu una sola lengua. La diversidad de pronunciacion ocasionó que aun hablando todos latin, no se entendieran los monjes de las varias naciones entre sí, como en demostracion de cuán superior es siempre la naturaleza á la ley. La Roma política de nuestro tiempo, en su angustia, ha escogido la elegante

y flexible lengua de Voltaire para hablar á sus soldados, esa lengua mortal á todos los ídolos, á todas las idolatrías. La aristocracia del ejército la entiende, pero no la entiende la muchedumbre. Así los soldados se hallan disgustadísimos; primero por los largos ejercicios á que les obliga la dificultad de las maniobras y despues por las continuas guardias á que les obliga el terror creciente de la corte.

En proporcion, aquellas naciones que por su historia debieran dar más soldados, dan ménos. España se suicidó por salvar el catolicismo. Los huesos de sus hijos blanquean desde el siglo décimoquinto en todos los campos de batalla donde ha sido necesario defender esta religion. Dimos por ella toda la sangre de nuestras venas y todo el aire vital de nuestro espíritu. Pues bien, sólo hay treinta y ocho soldados españoles en el ejército pontificio. En cambio Holanda que salvó con sus Oranges la reforma y que inició la libertad de pensar en el mundo moderno, ha enviado gran número de voluntarios. Esto prueba que mientras la libertad de cultos ha mantenido viva la fé en los católicos de los países protestantes, la intolerancia ha extinguido la fé en los países donde parecia más viva y más exaltada.

Pero dejando aparte estas reflexiones y viniendo á otras más políticas. Yo no comprendo qué se propone el Papa con este ejército numerosísimo, tan desproporcionado á sus medios, á sus recursos, á sus Estados. La sombra del imperio francés le protege. El día que esta sombra se desvaneciera, por muy valiente que el ejército pontificio fuese, no podría resistir á cien mil soldados italianos. Mientras la proteccion de Francia dure, el ejército pontificio es inútil; y el día que falte la proteccion de Francia, el ejército pontificio es insuficiente. Sólo sirve para una cosa este ejército; para consumir los recursos que prodigamente á manos llenas envian todas las naciones católicas al Pontífice. Pero estos recursos provienen hoy de una exaltacion de los ánimos que no puede ser duradera. El día que Italia, convencida de su impotencia para luchar con Napoleon ó para promover el conflicto franco-prusiano con motivo de la cuestion de Roma, la rodee de un profundo olvido, el celo de los fieles disminuirá, con el celo disminuirán los recursos, con los recursos disminuirá el ejército; y una sublevacion interior no sólo será posible sino tambien fácil.

Estoy admirado de los rasgos de inteligencia y de fuerza que guarda en su fisonomía esta raza romana, y que revelan toda la indómita fiereza de aquel antiguo carácter, conquistador del mundo. Las mujeres, altas, majestuosas, de anchos hombros, de torneados brazos, el color moreno mate, los labios gruesos, la nariz aguileña, negros y brillantes los ojos, en cuyo torno se dibujan largas pestañas y artísticas cejas; ancha la frente como sus estatuas, abovedada la cabeza como las Madonnas del divino Rafael; oscuro y rizado el cabello que cae en largos bucles sobre las escultóricas espaldas; tienen tal aire de matronas romanas, que aún pueden ciertamente mandar á Coriolano morir por la patria y á Cayo Graco morir por el pueblo. Los jóvenes romanos han heredado la hermosura de sus madres combinada con todos los rasgos de la fuerza varonil. Se ve que el silencio impuesto por la Inquisicion y la obediencia impuesta por el despotismo no han sido bastantes á extin-



guir el espíritu de este gran pueblo. Todavía parece que cae de sus labios la fórmula del derecho antiguo: *civis romanus sum*.

Y cuenta que para descubrir esto se necesita quitar la capa de inmundicia, bajo la cual fallece Roma. Junto al lujo oriental de los cardenales, los harapos de un pueblo hambriento; junto á las carrozas doradas, nubes de mendigos descalzos; en torno de los soberbios palacios de mármol, una horrible greca donde están confundidos toda suerte de mal olientes excrementos. Y sin embargo, esta ciudad es la capital de Italia. Cuando al caer la tarde, en las horas sagradas de la poesía, bajo un cielo clarísimo, iluminado por los últimos rayos del sol poniente que da á los edificios algo de fantástico, mirais desde las alturas del Pincio esta ciudad con sus once obeliscos egipcios, sus trescientas cúpulas, sus bosques de columnas, sus miriadas de estatuas; y descubris las Siete Colinas donde han nacido los senadores, los cónsules, los tribunos, el derecho político y civil de la antigüedad que todavía es la base de vuestro derecho; y contemplais al frente San Pedro, y sobre las majestuosas líneas de la gran Basílica la rotonda adivinada por Bramante y concluida por Miguel Angel; no lejos de San Pedro el titánico mausoleo de Adriano, sobre el cual abre sus alas el serafín de bronce; allá á la izquierda el mundo de la historia, los muros donde se grabaron mil victorias, la Vía Sacra por do entraban los triunfadores, el Foro en que se congregaba el pueblo, los arcos bajo los cuales han pasado veinte siglos sin desgastarlos, las termas regaladas en cuyos dibujos todavía se han ceñido su corona las artes modernas, el Coliseo que es una montaña esculpida por gigantesos cinceles, el Quirinal donde se alzan las mayores estatuas salvadas de las catástrofes de Grecia, el Capitolio, cabeza, cerebro de la tierra; á la vista de tantas maravillas, al recuerdo de tantas grandezas, á la contemplacion de tantos monumentos engarzados en bosques de cipreses que parecen una inmensa corona fúnebre sobre la ciudad colocada por un génio invisible; cuando las campanas que tocan á la oracion os envian sus tañidos melancólicos que os parecen la voz de los mártires saliendo de las catacumbas, y las sombras de la noche, colgándose tristemente de las ruinas, como que dibujan las almas de los héroes; el corazon por tantas emociones henchido, proclama á Roma no solamente la capital de Italia sino la eterna capital del mundo.

Se necesita ser italiano, tener la sangre meridional en las venas, haberse educado en el recuerdo de esta gloriosa historia, bajo las pintadas alas de la poesía clásica, para comprender todo el prestigio que Roma ejerce sobre los italianos. Los que han querido constituir Italia en monarquía y luego le han negado á Italia su capitalidad natural, han hecho un cuerpo sin cabeza. Se concibe que si Italia fuera una federacion republicana, la cuestion de capital pasara á la categoria de una cuestion secundaria. Se concibe más, se concibe que siendo un estado junto á otros estados republicanos, aunque las leyes fueran análogas á las del resto de Italia, conservara Roma por respeto á sus pontifices costumbres mo-

násticas, religiosas, como las conserva Friburgo apesar de hallarse enclavada entre dos cantones tan protestantes y tan liberales como el canton de Vaud y el canton de Berna. Pero constituida Italia en monarquía por el temor natural de todos los potentados europeos á la república, Roma es de Italia é Italia de Roma: que se hallan tan ligadas como los satélites á sus planetas, y los planetas al sol. Y en esta ciudad, hoy compuesta de iglesias, de conventos; donde no se ve ni una huella de la vida política y civil; donde por toda autoridad laica se descubren unos cuantos senadores en carrozas pin-

prenderá que el Juéves y Viérnes Santo se trabaja en esta ciudad como todos los días, se hallen abiertos todos los establecimientos, y se vea más gente en las calles que en las fiestas de San Juan. Nadie comprenderá que los doce pobres á quienes el Papa sirve la comida en conmemoracion de la cena del Salvador, se rian como si estuvieran en el teatro, y se arrojen á la cara anises y confites como si estuvieran reunidos para una francachela ó en una comida de campo. Nadie creerá que el Juéves por la tarde, á las cinco,

étre un cardenal penitenciario en la Gran Basílica, se siente á la izquierda del sepulcro de San Pedro, y perdone los pecados con sólo manejar una caña y tocar con ella la cabeza de los penitentes como si estuviera pescando en seco. Yo he visto damas muy piadosas reirse de todas estas puerilidades.

Pero hay una ceremonia y un momento sublime: el *Miserere* en San Pedro. La música es de una inspiracion inagotable y de un efecto sorprendente. Roma vió en el siglo XVI que el protestantismo la aventajaba en música, cuando tanto aventajaba ella al protestantismo en pintura, en escultura y en arquitectura. Naturalmente, buscó un músico para contrastar esta inferioridad, y lo encontró sublime, encontró á Palestrina, ese Miguel Angel del arte lírico. El Papa prohibió que su *Miserere* fuera copiado para que sólo resonase en la iglesia cuyas bóvedas gigantes se hallan completamente en armonía con las sublimes notas. Un día escuchaba fuera de sí el *Miserere* un niño sublime. Este niño, que debía ser el Rafael de la música, lo aprendió de memoria y lo divulgó por el mundo. Llamábase el niño Mozart. El génio germánico vino como siempre á robar sus secretos al génio latino en la guerra eterna de ambas razas. No hay pluma capaz de describir la solemnidad del *Miserere*. La noche avanza. La Basílica está á oscuras, sus altares desnudos. Por las ventanas de las bóvedas que frisan con el cielo, penetra la incierta y pálida luz del crepúsculo como si viniese á aumentar las sombras. La última vela del tenebrario



CASA DE LOS SEÑORES DE CASTRI EN GRANADA.

tarrachadas, seguidos por unos cuantos lacayos colorados, inmunda parodia de los antiguos senadores; en esta Roma teocrática, monástica, de rodillas eternamente sobre sus ruinas de mármol, se ha de levantar la tribuna en el foro, ha de hablar la prensa, ha de resonar la antigua elocuencia, se han de discutir todos los problemas, han de brotar todas las escuelas, porque no podeis arrojar el espíritu político de las sagradas regiones donde el espíritu político tuvo su nacimiento.

Mientras no suceda esto, Roma es una ciudad muerta. Yo he seguido con cierta curiosidad arqueológica las ceremonias de Semana Santa. Unas me han parecido por lo lujosas orientales, otras me han parecido por lo refinadas bizantinas, otras por lo baladíes pueriles; todas, absolutamente, extrañas á nuestro siglo, y bajo el aspecto religioso, inferiores á la majestuosa solemnidad del culto en España. Ningun español ó americano acostumbrado á la severidad de nuestras ciudades en Semana Santa, á esa severidad que no consiente ni una puerta abierta en las tiendas, ni un coche en las calles, com-

se ha ocultado tras del altar. Os creeriais dentro de un túmulo inmenso á través de cuyas tablas entrara el resplandor lejano de lámparas funerarias. La música del *Miserere* no tiene instrumentacion. Es un coro sublime combinado de una manera admirable. Ya se oye como el rumor lejano de una tempestad ó como la vibracion del viento sobre las ruinas y en los cipreses de las tumbas; ya como un lamento que se levantara del fondo de la tierra ó como un plañido que enviaran los ángeles del cielo; todo envuelto en sollozos, en una lluvia de lágrimas. Como las estatuas de blanco mármol son de tal manera gigantestas y brillan tanto que las primeras sombras no pueden completamente ocultarlas, parecen evocaciones de otras edades que al levantarse de su sepulcro y desceñirse su negro sudario entonan ese cántico de dolor y de horrible desesperacion. La Basílica toda se conmueve, vibra cual si los acentos de terror salieran de cada una de sus piedras. Esta lamenfacion, larga, sublime, esta ola de hiel evaporada en los giros del aire, os hiere profundamente el corazon, porque en su tristeza infinita es

la voz de Roma quejándose á los cielos desde su lecho de cenizas, como si bajo sus cilicios se retorciera agonizante. Llorar así, lamentarse como los antiguos profetas bajo los sauces del Eufrates ó sobre las piedras esparcidas del templo, llorar en cadencias sublimes conviene á una ciudad como ésta, cuyo eterno dolor no ha ofendido todavía á su eterna hermosura. Así es la ciudad esclava. David sólo podría ser su poeta. Lo sublime es la nota de su cántico. Roma, Roma; eres grande, eres inmortal hasta en tu desesperación y en tu abandono. Tendrás eternamente en el corazón humano un altar, aunque se pierda la fé, que ha sido tu prestigio, como se perdieron las conquistas que habían sido tu fuerza. Nadie podrá robarte el don de la inmortalidad que te confiaran tus dioses, que te han sostenido tus pontífices, y que te confirmarán eternamente tus artistas.

EMILIO CASTELAR.

LABRADORAS DEL VALLE DE AMBLÉS.

TIPOS DE ÁVILA.

La famosa romería de la Virgen de Sonsplés, cuya pintoresca ermita se encuentra situada á una media legua de la ciudad de Avila, reúne en el espacioso atrio que sirve de ingreso al templo multitud de gentes de todas clases y condiciones venidas de diferentes pueblos de la provincia.

Como puede calcularse, esta gran reunión de personas, entre las cuales domina siempre el elemento popular, ofrece al estudio del observador multitud de tipos y trajes á cual más variados y curiosos.

Sin embargo que casi todos ellos ofrecen alguna particularidad notable, se puede desde luego mencionar, como uno de los más llamativos por su originalidad y carácter propio de aquella provincia castellana, el de las labradoras del valle de Amblés.

El sombrero de paño y anchas alas adornado de flores contrahechas, ramilletes de siempreviva, gaion de seda y vueltas de alfileres con cabezas de colores; el sencillo jubón negro sobre el cual campea el pañuelo blanco bordado y guarnecido de encaje; el airoso guardapiés amarillo franjado de rojo; la media encarnada ó negra, según que la dueña sea casada ó moza; el zapatito bajo con moño de colorines ó hebillas de plata; todo lo que compone su extraño atavío, forma un conjunto tan pintoresco, que bastaría por sí solo á llamar la atención del más indiferente en materia de artes, si ya no la llamara de manera tanto ó más poderosa la picaresca gracia y la gentileza y donaire de las mujeres que lo lucen.

El tipo de las labradoras avilesas no es seguramente un dechado de perfecciones clásicas, ni nada hay más distante que su expresión y sus contornos de las formas aéreas de la mujer siltida, producto de la civilización: su nariz ligeramente remangada; sus ojos vivos, negros y pequeños; sus labios que parecen guindas; su tez dorada como el trigo; su talle apretado y sus caderas redondas, realizan el ideal de la muchacha bonita de aldea, limpia, hacendosa y alegre, que huele á tomillo y mejorana.

B.

D. BLAS DE VILLATE Y LAHERA

CONDE DE VALMASEDA.

Aún bullia en los espíritus la agitación que es siempre compañera inseparable de las grandes perturbaciones políticas, cuando las noticias de la rebelión de Yara vino á amenguar en unos las lisonjeras esperanzas que les hacia ver próspero cuanto recibiera el influjo de la Revolución de Setiembre, y á exacerbar en otros la estrechez de miras, y esa desconfianza medrosa que ve solo conflictos y penalidades en cada desenvolvimiento de la civilización.

No juzgaremos ahora las causas que contribuyeron á la insurrección cubana, ni los vínculos que la ligaban á las alteraciones de la Península; vivas están aún las pasiones políticas, presentes las funestas consecuencias de una guerra que hace luchar como enemigos á pueblos hermanos; y el eco que despiertan ciertas opiniones, y las simpatías que nos inspiran otras, son un buen testimonio de que no ha llegado todavía el momento de relatar éstos sucesos con el sosiego del que, ajeno á los hechos de sus contemporáneos, aspira sólo á decir la verdad á otras generaciones.

Las opiniones, sin embargo, podrán dividirse al señalar las causas de esta lucha, y determinar los medios

con que se hubiera evitado; pero una vez alterado el orden, amenazada la autoridad española, y caracterizadas las tendencias separatistas de este movimiento, no habrá seguramente nadie que no estimara, como el Gobierno lo hizo, que era preciso preferentemente sofocar con las armas una rebelión, que intentaba quebrantar los lazos que unen una de las provincias más queridas al resto de la monarquía.

Los momentos eran, no obstante, críticos para organizar fuerzas muy numerosas; el ejercicio de ciertos derechos, no planteados antes con tan exagerada amplitud, la holgura en que se hallaban ciertas aspiraciones necesitadas siempre de vigorosa tutela, y el radicalismo de un partido extremo, dieron lugar á violentas agitaciones en algunos puntos de la Península, que necesitaban para ser calmadas del ejército que se había pensado enviar á combatir la insurrección naciente.

Por fortuna restablecióse muy en breve la tranquilidad, los ánimos comenzaron á normalizarse dentro de la nueva situación, y la suerte de nuestros hermanos de Cuba vino á presentarse á todos con la gravedad que tenía en sí misma, y con el prestigio que prestaba nuestro espíritu entusiasta á unos sucesos que ocurrían en países tan distantes de la madre patria. La prensa, por su parte, multiplicaba esta tendencia con sus debates; los intereses nacionales procuraban también ponerla muy en relieve, y los insurrectos, excediendo la crueldad natural de todas las guerras y exagerando sus insultos, contribuían no poco á exaltar el patriotismo, aún de los que parecían más tibios.

En la Península, la unidad de sentimientos que producía esta lucha se manifestó en el movimiento espontáneo con que la mayor parte de las provincias organizaron batallones de voluntarios para sofocar la insurrección; pero en Cuba, que la proximidad de los sucesos excitaba los odios, agrandaba las diferencias y deslindaba los campos, se desarrollaron desde luego dos partidos que tenían vida muy anterior y que representaban las distintas aspiraciones de la opinión.

Uno, compuesto de hombres turbulentos y ambiciosos, más fijos en su propio interés que en el del país que les vió nacer, corrieron afanosos á las armas, confiados en obtener por sorpresa y á traición el predominio de sus ideas: el otro, hijo del trabajo y amante de la prosperidad, ansia con verdadero patriotismo el progreso de la sociedad cubana y el desarrollo liberal de sus instituciones; pero afeccionado con experiencias dolorosas ha llegado á comprender que su bienestar se halla sólo bajo la sombra del pabellón español, y de aquí sus penosos sacrificios, la abnegación con que ha tomado parte en las operaciones militares, y la actitud leal con que contribuye siempre al sostenimiento del orden.

Sobrado prolijos habríamos de ser si relatáramos las excelencias del partido español y los servicios que ha prestado para la pronta terminación de la guerra; pero al recordar, siquiera sea tan someramente, la insurrección de Cuba, no podemos menos de consignar un testimonio de consideración á D. Blas de Villate y Lahera, conde de Valmaseda, que más que por su voluntad, por la simpatía de aquellos españoles, ha venido siendo, desde el principio de la lucha, el ídolo de este partido.

El 3 de febrero de 1824 nació en Sestao (Vizcaya), lugar en que hizo sus primeros estudios, hasta la edad de trece años que ingresó como cadete en el colegio militar de Segovia, donde tuvo ocasión á poco de asistir á la defensa del alcázar, que trataba de invadir el cabecilla Zariátegui.

Terminada su carrera, pasó á la Isla de Cuba (1833) de teniente, donde permaneció hasta 1844 que regresó á la Península, después de haberse captado numerosas simpatías por la entereza con que supo sofocar en Matanzas una imponente tentativa de la raza de color.

Desde 1845, en que desempeñaba el servicio correspondiente á su empleo de comandante, á 1860, en que tomó parte en la campaña de Africa siendo brigadier, sus vicisitudes se resienten notablemente de los sucesos por que ha atravesado nuestro país, y que influyeron en su carrera más de lo que hacia presumir su separación de la política.

El comportamiento de Valmaseda en la citada guerra y el valor que demostró atacando á fuerzas superiores de caballería, hicieron que el Gobierno le concediera la Gran Cruz de Isabel la Católica, y que en juicio contradictorio se le reconociera acreedor á la de tercera clase de San Fernando.

Recordaba, sin embargo, con gusto su permanencia en Cuba, las afecciones que le ligaban á muchos de sus habitantes, y como el Gobierno estaba deseoso de utilizar sus conocimientos especiales, le nombró en Marzo del mismo año comandante político militar de Trinidad, trasladándole posteriormente á Puerto Príncipe, puesto

que desempeñaba cuando se inició la guerra de Santo Domingo, donde solicitó pasar al mando de una brigada de operaciones; los trabajos de la campaña y la insalubridad del clima fueron no obstante superiores á su robusta constitución, y en 1865 tuvo ya que regresar á la Península para restablecer sus dolencias.

Enfermo aún, fué nombrado en abril de 1866 segundo cabo de la capitania general de la isla de Cuba, cargo que abandonó gustoso al comenzar la insurrección para ponerse al frente del ejército de operaciones, que habia de sostener la parte principal de los trabajos. Su conocimiento de las posiciones ocupadas por los rebeldes, y la confianza de las fuerzas que mandaba, influyeron poderosamente en sus medidas, y es seguro que nunca se hubieran obtenido las victorias de Bayamo, Valenzuela, Jibacoa, Cajitas, Bena Costa y otras muchas, sin el prestigio que rodeaba su autoridad.

Como la mayor parte de sus expediciones tuvieron lugar en el departamento oriental, que era la principal guarida de los insurrectos, se le eligió en diciembre último comandante general de este departamento, y el 18 del pasado enero ha premiado el Gobierno sus servicios, haciéndole teniente general de los ejércitos nacionales.

Las ambiciones pequeñas y las emulaciones de siempre no dejarán de manifestarse en la murmuración de algunos; pero contra esas protestas hechas en voz baja, é hijas quizá de rencillas personales, está el voto de la opinión pública de aquellos países, que ha estimado en mucho sus merecimientos, que lo ha significado así repetidas veces, y que simboliza gustosa el heroísmo de tantos españoles en el que ha sabido conducirles á la victoria.

F. DE LAIGLESIA.

EL REY DON JAIME Y EL OBISPO DE GERONA

I.

Es un hecho cierto y positivo, por más que haya autores verídicos en otros puntos empeñados en negarlo, que á principios del año de 1214 el rey de la Corona de Aragón, D. Jaime el Conquistador, mandó cortar la lengua al obispo de Gerona fray Berenguer de Castellbisbal. En vano los adeptos de la escuela encargada de ocultar las faltas de los reyes han procurado hacer que se olvidara este suceso negándolo, refutándolo ó falseándolo, porque todos sus esfuerzos han sido inútiles. La verdad, lo propio que la luz, acaba siempre por abrirse paso á través de la más insignificante rendija.

Zurita se vió obligado por la censura oficial á borrar en su segunda edición de los *Anales* el pasaje que relativo á este suceso habia impreso en la primera. Abarca escribió sendas páginas tratando de demostrar la poca consistencia y la falsedad del hecho: otros autores, cortesanos de la mentira, han lanzado los rayos de su ira contra los que, apóstoles de la verdad, han intentado poner este suceso en claro. Sin embargo, hoy no puede caber ya la menor duda. La crítica histórica demuestra con severa lógica que el hecho es indudable.

Lo que todavía está oculto, bajo un velo hasta ahora impenetrable, es la verdadera causa que impelió á don Jaime á hacer cortar la lengua al obispo de Gerona. Aparece como lo más cierto que este prelado reveló algo que el rey le habia confiado en secreto de confesión, y que quiso el monarca castigarle por donde mismo habia pecado; pero se ignora en qué consistía este secreto, pues aun cuando algunos han supuesto que lo revelado por el obispo fué el matrimonio clandestino del rey con Doña Teresa Gil de Vidaura, es positivo que este enlace no pudo realizarse hasta después de 1251, época de la muerte de la reina doña Violante. Ni creemos que vayan tampoco más acertados los que suponen que la revelación del obispo fué por haber comunicado al infante Don Alfonso, primogénito del rey, la desapacible distribución de la corona que el monarca tenia premeditada.

El hecho es que el rey mandó prender y cortar la lengua á fray Berenguer de Castellbisbal, escribiendo poco después de esta sangrienta mutilación una carta al Sumo Pontífice, dándole cuenta de los motivos que habia tenido para proceder tan cruelmente contra el obispo y pidiéndole ser absuelto. El texto de esta carta no es conocido, pero sí lo es el de la contestación del Papa Inocencio IV, dada en Lyon de Francia á 10 de las kalendas de julio del año III de su pontificado (22 de junio de 1246), la cual trascribe el padre Odorico Reinaldo, sacándola de la librería Vaticana y del libro III de las Epístolas del Papa Inocencio, cuyo primer capítulo, que trascribimos por ser el más constante abono de la noticia, dice así, traducido del latín:

«Inocencio, obispo, siervo de los siervos de Dios, al rey de Aragon, espíritu del más sano consejo: Recibidas y leídas tus letras, ocupó á nuestro ánimo un grandísimo asombro por la enormidad del delito que ellas expresaban; pues afirmaste que nuestro venerable hermano Berenguer, obispo de Gerona, ántes que lo fuese habia alcanzado tanta autoridad en la corte, que era tenido como el más honrado entre los mayores; pero que despues, como tú añades, siendo traidor contra tí, tuvo la osadía de revelar cosas que tú le habias descubierto en el fuero de la penitencia, y tambien habia armado contra tí otras muchas y graves máquinas: por lo cual le mandaste salir luégo de tu reino: y habiendo él alcanzado allí la dignidad episcopal, tú, encendido con el calor de la ira, le hiciste prender y con mandato sacrilego quitarle parte de la lengua. Así nos pedía que mandásemos salir de tu reino á dicho obispo, y á tí y á los partícipes en consejo, ayuda ó ejecucion, se diese la absolucion de tan grande delito.» *

Hasta aquí el primer capítulo de la Epístola. La suma de los otros consiste en decir: que concede al rey don Jaime la grandeza de sus virtudes y hazañas, manifestándole el amor que por ellas y las de sus predecesores le tiene el Papa sobre los demas príncipes católicos, y que á esa medida era el dolor del escándalo con su delito ocasionado; que no debia su real prudencia haber creído ligeramente en delito tan inverosímil de su confesor y no fácil de probar; ni cuando se probara podia ser castigado del rey sino del mismo Papa; que no estaba el rey en disposicion de recibir la absolucion, pues le duraba el rencor contra el afligido obispo; y que, por fin, le exhortaba al arrepentimiento de sus culpas, y á que, conforme á los saludables consejos que le daría el penitenciarío fray Desiderio, que le enviaba, satisficiese á Dios y á la Iglesia para no perder el reino eterno por la sacrilega tiranía de aquella sangrienta ejecucion.

Varias consecuencias se deducen del contenido de esta Epístola, entre ellas: que fray Berenguer reveló un secreto de confesion; que la revelacion de este secreto fué anterior á su nombramiento de obispo, y por consiguiente, anterior á los amores del rey con doña Teresa Gil de Vidaura y tambien á los sucesos que dieron margen al levantamiento del príncipe don Alfonso; que don Jaime no sólo desterró al fraile por la revelacion del secreto, sino por estar urdiendo tramas contra él y por acaudillar quizá alguna parcialidad ó algun bando que ponía en conflictos al reino; y que no se lanzó el monarca á proveer por sí y ante sí la captura del obispo y su bárbara mutilacion, cediendo sólo á los impulsos de su cólera, sino que tomó consejo de los varones que le rodeaban.

Terrible fué la sentencia, bárbara y cruel más que terrible; pero criminal y gravemente criminal anduvo el sacerdote indigno que ante Dios y ante los hombres faltaba á la santidad del Sacramento. Si la Iglesia no tenia perdon para el rey que mandaba arrancar la lengua al monje por haber revelado un secreto de confesion, tampoco debia tenerlo para otro rey que más adelante castigaba un delito político con hacer beber á los reos el plomo derretido de la campana que les llamaba á consejo. (Don Pedro IV de Aragon, *el del puñal*, como le llama la historia.)

II.

Bastaria el sencillo documento de que hemos dado cuenta en nuestro anterior artículo, para dejar sentado como verdad irrecusable el suceso de haber mandado el rey don Jaime cortar la lengua al obispo de Gerona, por revelacion de secretos que le habia descubierto el monarca en el fuero de la penitencia. Sin embargo, por si acaso esto no bastaba, Finestres, en su *Historia de Poblet*, apéndice á la disertacion XI, tomo 2.º, nos da importantísimos detalles, que comprueban y particularizan el trágico acontecimiento, copiando varias escrituras que extrae del proceso de reconciliacion del rey don Jaime, cuyo proceso parece que se conservaba en el archivo de dicho monasterio.

Por estas escrituras se ve que, recibidas las letras exhortatorias del Papa, avínose el rey á seguir los consejos de su penitenciarío fray Desiderio, haciendo público el reconocimiento del delito cometido y el propósito de satisfacer á la Iglesia, con escritura que otorgó en la

ciudad de Valencia en 5 de agosto de 1246, la cual comienza así, traducida del latin:

«Nos don Jaime, rey de Aragon, por consejo y exhortacion de fray Desiderio, penitenciarío del Señor Papa, reconocemos habernos excedido gravemente en el hecho de la mutilacion de la lengua del obispo de Gerona, y haber enteramente ofendido á nuestra madre la Iglesia. Por tanto, doliéndonos de lo hecho, contritos y humillados pedimos perdon á Dios y al Sumo Pontífice su vicario en la tierra.»

Segue ofreciéndose á pedir perdon al ofendido obispo, á levantarle el destierro, y, en satisfaccion del delito, á construir un hospital, á terminar la abadía de Benifazá de la orden cisterciense, ya comenzada, ó á dar algunos réditos á la iglesia de Gerona, segun lo que al Papa le pareciera mejor y más conveniente. Tambien se ofrece á reconocer su culpa en junta de prelados, nobles y ciudadanos de sus reinos.

Don Jaime envió este documento al Papa por conducto de fray Arnaldo de Peralta, obispo de Valencia, al que nombró para este caso su embajador, y lo acompañó con una carta, que tambien traslada íntegra el citado Finestres, en la cual protesta de su arrepentimiento, manifestándose dispuesto á hacer cuanto el Papa ordenare en desagravio de su enorme delito, y acabando por pedirle la absolucion.

A estas cartas contestó el Sumo Pontífice con otra, fechada en Lyon á 10 de las kalendas de octubre del año IV de su pontificado (22 de setiembre de 1246), comisionando á sus legados Felipe, obispo camerinense, y fray Desiderio, para que en su nombre absolviesen al rey luégo que hubiese dado satisfaccion á la Iglesia y al agraviado obispo.

Los legados del Papa presentaron las letras apostólicas al rey en la ciudad de Lérida, donde á la sazón se hallaba, y D. Jaime, ántes de recibir la absolucion, hizo en la iglesia de religiosos franciscanos de dicha ciudad el acto de perdon y reconciliacion con el obispo de Gerona, como es de ver en la Escritura que así dice traducida:

«Antes de nuestra absolucion, delante de los carísimos y venerables y discretos varones obispo camerinense y fray Desiderio, nuncios del Sumo Pontífice, y congregada toda la multitud así de prelados como de otros en la ciudad de Lérida, en la casa de los frailes menores, perdonamos de puro corazon al obispo de Gerona, sobre todas las cosas por las cuales habia incurrido en nuestra ofensa, y al mismo damos en adelante nuestra seguridad. Dada esta Escritura en Lérida á 16 de las kalendas de noviembre, año de 1243.»

Concurrieron á este acto público, á más del obispo camerino y fray Desiderio, legados apostólicos, el arzobispo de Tarragona, los obispos de Zaragoza, Urgel, Huesca y Elna, muchos magnates de Aragon y Cataluña, y varios ciudadanos principales de Lérida.

Luégo que el rey hubo firmado el anterior escrito, procedieron á absolverle los legados pontificios, imponiéndole por penitencia que hubiese de terminar el monasterio de Benifazá, dando para la fábrica de su iglesia doscientos marcos de plata y bienes suficientes para que pudiesen mantenerse en él hasta cuarenta monjes, en vez de los veinte para que se edificaba; que completase la dotacion del hospital de San Vicente de Valencia hasta que tuviese de renta anual seiscientos marcos de plata, y que fundase ademas una capellanía perpétua en la catedral de Gerona.

Así terminó aquel suceso que tanto escándalo hubo de mover entónces, y que á tan diversos y contradictorios pareceres ha dado lugar despues.

Por lo que toca al obispo gerundense fray Berenguer de Castellbisbal, se sabe que falleció fuera de su diócesis, en Nápoles, el año de 1254.

Hemos creído que podia convenir aclarar este punto hasta hoy dudoso, ó á lo ménos oscuro, de nuestra historia, citando los documentos que atestiguan el hecho y las fuentes en que pueden hallarse.

Para nosotros el hecho es ya indudable, apesar de las negativas rotundas con que inteligentes historiadores lo condenan.

VÍCTOR BALAGUER.

EL NIÑO MENESTEROSO.

Entre lo mucho notable que existe en el mundo, hay ciertas familias que, durante muchas generaciones, se dedican al difícil arte de conciliar el decoro con sus escasos medios de subsistencia.

Y lo más notable de esas familias son los niños, como diremos más adelante.

A la legua se les conoce á esas gentes que carecen casi de todo, cuando su mayor empeño es dar á entender que casi no les falta nada.

Temen el ajeno menosprecio, no sólo por estimacion propia, sino porque les aterra la idea de las consecuencias; por ejemplo, el verse privados de alternar con un empresario que puede dar trabajo, ó con una persona influyente que el dia de mañana puede dar destinos, ó con las familias mejor acomodadas que ellos que les facilitan el agradable trato con la gente culta.

El padre se encierra en su cuarto, y con el aire azorado del criminal que va á consumir el delito, saca de su escondrijo los cepillos y la caja de betun, y se limpia cariñosamente el único calzado.

Si llaman á la puerta, lo deja todo, lo esconde todo, se lava á toda prisa las manos, y ántes que le vea nadie, procura dar á su fisonomía un aspecto que no deje sospechar lo que estaba haciendo.

Para casos semejantes, su mujer, cómplice indispensable, le tiene prevenidas las coartadas.

Él, á escondidas de todo el mundo, compone los objetos de loza que le quedan, hace uso periódico del agua de quitar manchas, y á veces, despues de vacilaciones inevitables, se pone los cuellos y puños de camisa vueltos del revés.

Él y su mujer se puede decir que tratan con mimo á los muebles; de modo que la mesa de pino y las sillas de Vitoria que por buena suerte caen en sus manos, alcanzan larga vida y gozan de una senectud tranquila y apacible; pues no sólo se conservan en buen estado, merced al régimen, digámoslo así, higiénico á que se las somete, sino que al menor asomo de un achaque se las socorre con el bramantito, la punta de París, la cola, el oportuno barnizamiento y los más eficaces auxilios de la terapéutica mobiliaria.

En las casas á que me refiero hay siempre muebles y enseres que datan cuando ménos de la generacion anterior, y se transmiten en buen uso á la inmediata descendencia.

Aún está el niño en mantillas, y ya la previsora madre empieza á guardar retales de paño, sin valor en el mercado, cuyos retales han de servir para remendar el pantalon del susodicho niño cuando llegue á aquella edad en que ni forrados en cobre resisten ocho dias sin notable detrimento las rodilleras.

Uno de los aforismos domésticos que esa madre repite con fruicion, es el siguiente:

«Todas las cosas sirven un dia ú otro.»

Así, lo guarda todo: botones de hueso, un mango de cuchillo partido en dos pedazos, cuentas de vidrio, corchetes desparejados, un anzuelo, un tapon de frasco de tocador, tiras para forros, pedacitos de ballena, hebillas de sombrero... todo: es decir, todo lo que la pobre puede haber á mano, que poca cosa es ciertamente.

Resultado de esto es la indiscrecion más comun del niño menesteroso, y consiste en que no ve por las calles pingajo ni cosa reluciente, que no se lance atropelladamente sobre ello para ir á enseñárselo á su madre, preguntándole:

—¿Sirve esto, mamá?

La pobre criatura lo hace de buena fe, guiado por lo que oye decir y ve en su casa; pero á veces se gana un buen pellizco, porque «delante de ciertas personas» no se deben hacer ciertas cosas.

Que es la razon, ó mejor dicho la sinrazon, con que la familia trata de justificar los castigos que en casos semejantes le impone.

Quizá aquella tarde misma coge una escoba vieja para que le sirva de caballo y una cinta ya usada para látigo, y se lo arrebatan de las manos gritando:

—Suelta eso, enemigo, ¿no ves que todavía sirve?

Por lo cual comprenderá el discreto cuán difícil es aprender á discurrir siendo niño menesteroso.

En presencia de las personas á quienes sus padres quieren á todo trance ocultar su precaria situacion, la inocencia, la lealtad, el candor mismo del niño, son un continuo sobresalto.

No cesan de temer que una palabra del chico les comprometa gravemente.

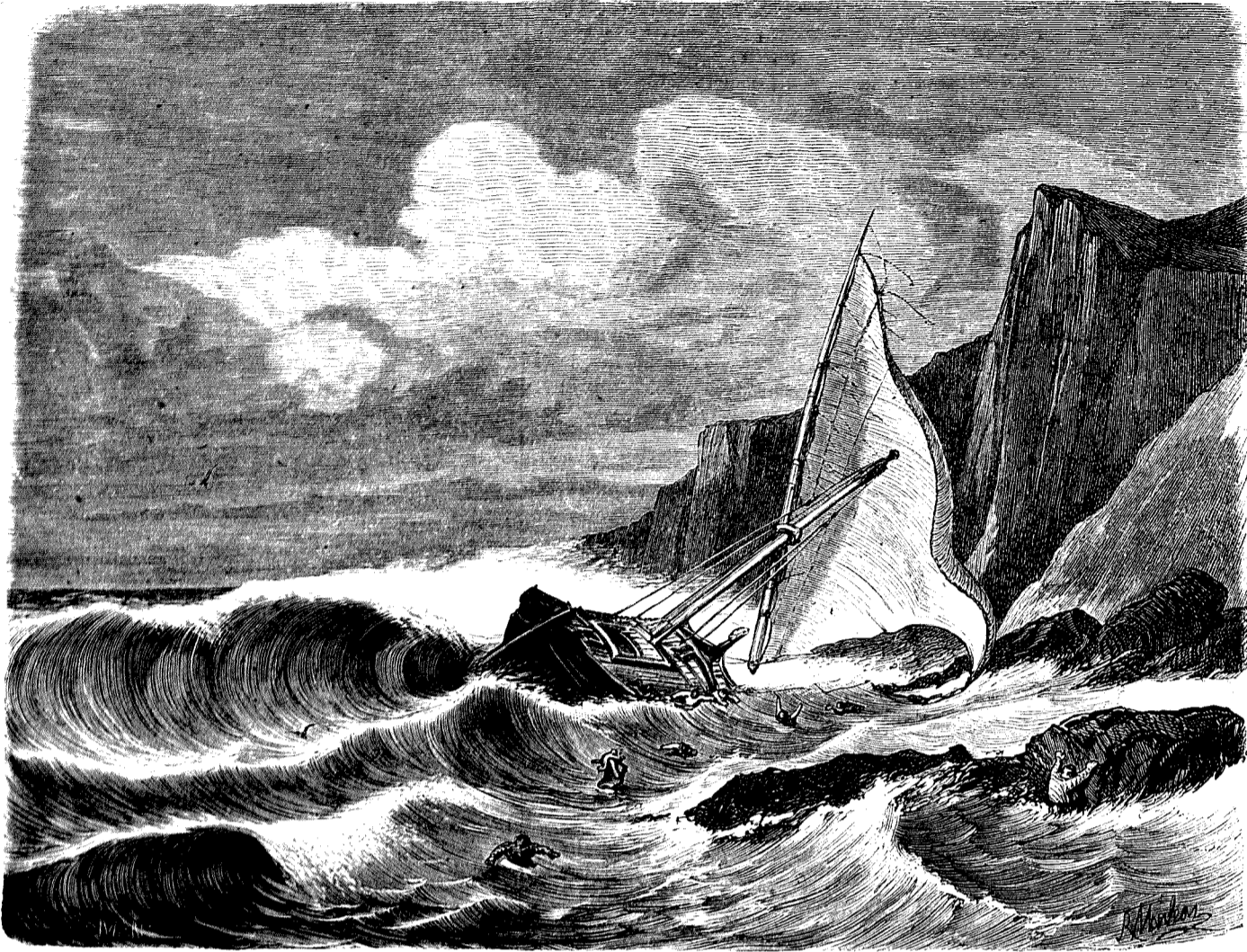
A fuerza de experiencia y de papirotazos llega el muchacho á tal estado, que al alargar la mano á un sobre de carta para convertirlo en pajarita, se detiene, porque una voz interior le grita: ¡desgraciado, suelta, que todavía sirve!

Sale un dia á paseo con sus padres: se paran todos ante el escaparate de una estamperia á contemplar la caricatura de un hombre público representado en forma de pavo.

Los curiosos cuchichean sonriendo, y de pronto levanta el niño la chillona voz diciendo:

—¡Del pavo tambien se come la cabeza!

* En nuestra «Historia de Cataluña» insertamos algunos párrafos de esta epístola. El cronista de Gerona, en su obra «Gerona histórico-monumental», tacha de falsa la Epístola citada por nosotros. «Permitásenos, dice, dudar, no diremos de su autenticidad, sino hasta de su existencia, interin no podamos leerla por nuestros propios ojos.» Puede leerla cuando guste en Odorico Reinaldo, y traducida del latin en la «Historia de Poblet» por Finestres, tom. II, pág. 277.



SAUFRAGIO DE UN FALUCHO DE PESCADORES EN LA COSTA DE BENIDORM.

Y lo dice de tal manera, con tal acento de gozosa convicción, que todos los circunstantes se vuelven á mirar al niño y á sus padres, diciendo en mudas voces:

—Hé aquí una familia que come cabeza de pavo.

Los padres adivinan lo que el público ha adivinado, y ¡ay de las orejas del pobre muchacho en llegando á casa!

Y sin embargo, en presencia de un pavo, sea vivo, sea pintado, ¿qué otra cosa se le puede ocurrir al niño menesteroso, sino que es animal de grandísimos aprovechamientos!

Sus padres bendicen al Señor que conserva al niño la salud y el apetito; pero no siempre pueden satisfacerlo.

—¡Si vieras, mamá.... Miguelito y yo tendríamos gatos iguales!

—Pero hijo mio, al gatito había que darle sopas de leche y despues, más adelante, comprarle un cuarto de cordilla todos los días... vamos, no puede ser.

El pobre chico se queda cabizbajo y al cabo de un rato dice:

El chico ha comido cabeza de pavo, y porque en una fórmula nada artificiosa revela su agradecimiento á lo que le ressecó el paladar y le nutrió más ó ménos, ha de padecer como si hubiese incurrido en la fea nota de ingrato.

La familia discurre en alta voz sobre la manera de proporcionarse los manjares más baratos y nutritivos.

El niño les acompaña á una visita. La señora de la casa le ofrece al chico una yema.

—¿Te gustan las yemas, hijo mio?

—Sí, señora, pero...

—¿Pero qué?

—Que mamá dice que eso *no alimenta*.

¿Qué castigo, pobre mamá!

Así se pone ella encendida como una grana, y, si puede, hace como que no ha comprendido bien; pero en llegando á casa....

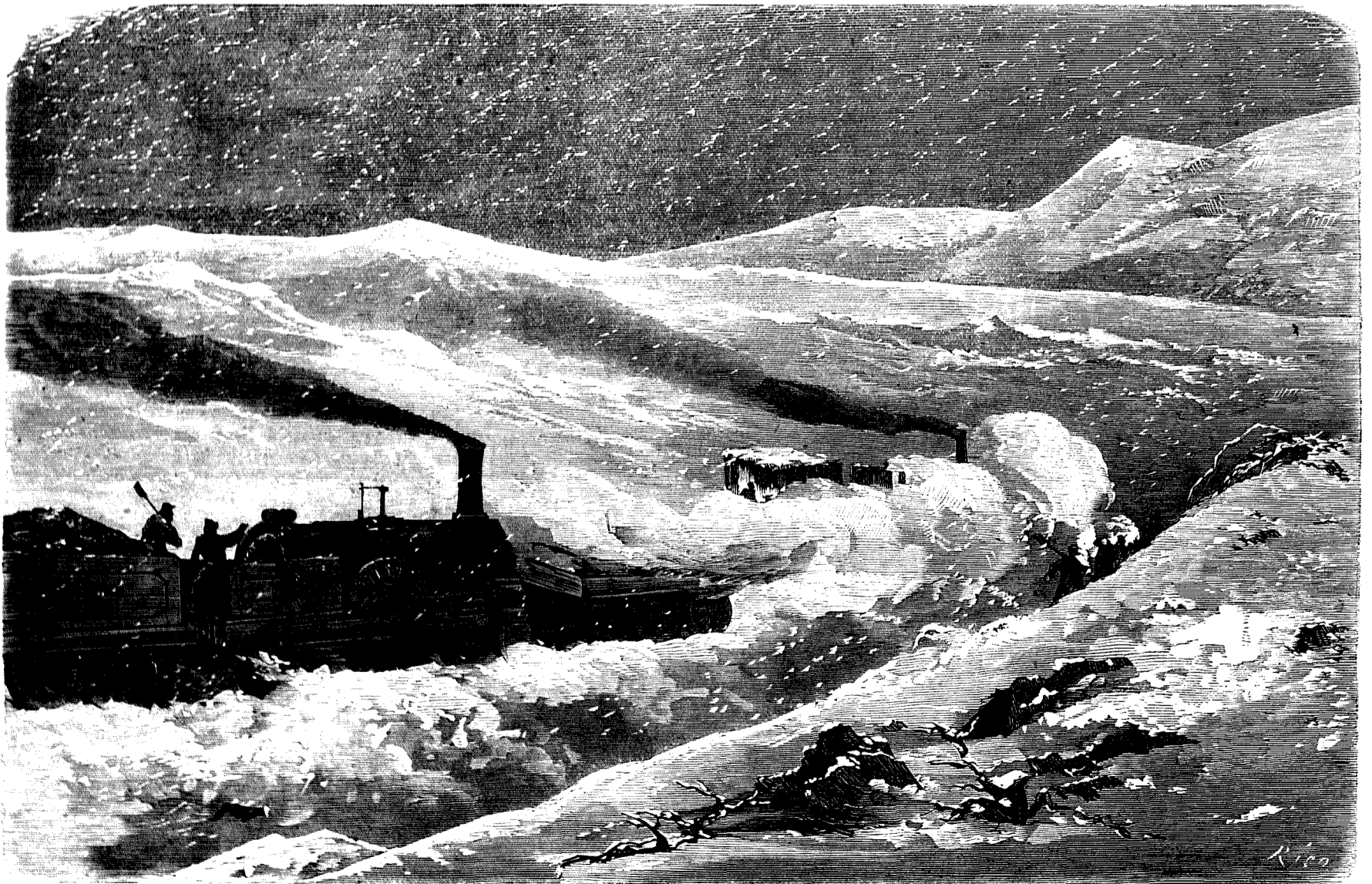
El niño con una sola mirada comprende que se prepara tempestad.

—Mamá, me ha dicho Miguelito, que si quiero me dará un gato.

—No tenemos casa para gatos, hijo mio.

—Anda, mamá; que es muy mono; el de Miguelito es blanco y ese tambien. Anda... ¿quieres?

—Te he dicho que no.



INTERRUPCION DE LA LÍNEA FÉRREA DEL NORTE CAUSADA POR LAS NIEVES ENTRE NAVAL-GRANDE Y ÁVILA.

—Voy á llamar á Miguelito para que me dé un gato que coma de todo, como nosotros.

Ante esa alarmante fórmula, próxima á escandalizar al vecindario por la ventana del patio, la madre cierra el paso al muchacho y le castiga haciéndole que estudie una hora.

El niño llama Miguelito á Miguelito, Ramon á Ramon, Julian á Julian; pero á cierta niña del barrio, nunca la llama por su nombre: sólo sabe llamarla la hija de la prestamista ó la de la casa de empeños...

Así revela á todo oyente el género de relaciones que sus padres tienen con los de la muchacha, y así se procura las más severas reprobaciones cada vez que repite en particular lo mismo que oye decir.

Así crece, así se cria encogido, receloso, teniendo que reprimir todos sus naturales movimientos; forzado á adoptar de continuo ideas convencionales, á mentir para vivir, para ser bien quisto ó cuando menos consentido por los que "tal vez andando el tiempo le hagan hombre," según la fórmula casera del menesteroso.

Un ademán, un movimiento hecho quizá con violencia, rompe el pantalón ó la chaqueta, prendas que permanecen inmudables, sin corresponder al desarrollo físico del muchacho.

—Pero, picaronazo, le dice con formalidad la madre; ¡cómo te has atrevido á romperlo en ocho días! ¡Hasta ahora lo había llevado tu padre y aún pare-



EL GENERAL PUELLO.

cia acabado de sacar de la tienda!

Y el pobre chico llega á persuadirse de que todo pantalon usado largo tiempo por un padre, debe servir con igual fidelidad é integridad al hijo.

Y esta y todas las demás preocupaciones que va adquiriendo, las conserva para siempre; de manera, que cuando es padre á su vez y sus hijos estropean la ropa, exclama con verdadera pena:

— ¡Qué chicos, señor, qué chicos! ¡Cuando yo era muchacho, me duraba un pantalon años enteros!...

Pero entónces ya no es nuestro tipo; ya es el hombre que se quita cuidadosamente la grasa del cuello del gabán con el agua contenida en el mismo frasco de que se servia su padre; ya es el que padece en público, porque oye á su hijo incurriendo en las espontaneidades que mortifican; ya es el que cerrado el puño dice al mayorcito, que tiembla de verle:

—Mira, el día que delante de nadie vuelvas á decir que comemos arroz de á diez, te he de repelar las orejas: ¿lo entiendes? Se dice comemos arroz, arroz, nada más que arroz, ¿estás? Y si no, yo te compondré. Ahora, anda, y que vuelvas volando. Trae media libra de arroz de á diez. De la peseta te han de devolver veinte y nueve cuartos: cuéntalos. Anda, ¿has entendido? ¡Media libra de arroz-de-á diez!

ROBERTO ROBERT.



EL LAGO DE LOS PATINADORES EN EL BUEN RETIRO, HOY PARQUE DE MADRID.

LA CASA DE LOS SEÑORES DE CASTRIL

EN GRANADA.

Entre los muy notables, aunque no abundantes monumentos del renacimiento que ostenta Granada, verdadero museo de antigüedades árabes, se distingue la casa de los señores de Castril, al terminar la *Carrera de Darro*, poco antes de llegar á la iglesia consagrada á San Pedro y San Pablo.

Ofrecemos á nuestros lectores el grabado de este edificio, copiado de una fotografía que se hizo para nuestro periódico, desde la plazuela de San Pedro, cuya verja se interpone en la lámina, á la parte baja de la fachada.

Como revela la simple inspección del grabado, la fachada de este edificio está constituida por tres cuerpos de arquitectura superpuestos. Las jambas y el dintel y los capiteles de las dos columnas estriadas están profusamente adornados con piezas de armaduras, querubines y conchas de bivalvas.

El cuerpo intermedio, decorado con dos pilastras y otros preciosos adornos, que lo terminan en sus dos lados, está dividido en dos partes por una faja moldurada. En la mitad inferior, cuatro ángeles sostienen dos escudos heráldicos; en la superior, ocupando el medio punto, observáse un fénix sobre el fuego, y en las enjutas, dos leones. El cuerpo superior está dividido en tres partes por dos pilastras intermedias: en los entrepaños hay esculpidos medallones con sendas figuras humanas de medio cuerpo, y ángeles que ostentan libros en las manos, y en las pilastras y en los lados de éstos, coronas de laurel y otros preciosos adornos. Sobre el balcón se ven grabados los números 1539, fecha en que debió concluirse la obra.

En la esquina del edificio hay un balcón de ángulo, adornado á la manera que el resto, y sobre el dintel angular, grabado en la piedra, este letrero:

ESPERANDO LA DEL CIELO.

Este letrero y este balcón, hoy tapiado, han sido objeto de varias conjeturas.

Quién cuenta que los Reyes Católicos, estimando los preclaros servicios de su secretario Hernando de Zafra, le instaron á que les pidiera una merced que de antemano le concedían; á lo que contestó el noble caballero, teniendo en cuenta la natural obligación de servir á sus señores, propia de todo buen vasallo, y su ancianidad, que, después de tantos favores recibidos en cambio de los pequeños servicios que tuvo la fortuna de prestarles, *nada ambicionaba, que, en cuanto á merced, el tiempo que le quedara de existencia pensaba consagrarlo á obras de verdadero cristiano y á vivir* ESPERANDO LA DEL CIELO.

Otra versión, aunque ménos verosímil que la anterior, como contraria á las costumbres de aquellos tiempos y á la inmaculada honra de tan esclarecida casa, corre acerca de esta misteriosa leyenda.—Cuenta esta segunda tradición, que es la popular, que D. Hernando de Zafra tenía una bellísima hija, secretamente enamorada de cierto joven hidalgo perteneciente á una familia rival ó inferior en clase á la de D. Hernando. Que éste sorprendió al apasionado mancebo en la cámara de su hija; que el hidalgo huyó, y que hallando el anciano á un su paje, protector de aquellos amoríos, y confundiéndolo con el autor de su deshonra, lo condenó á ser ahorcado desde el balcón, aunque el paje protestaba una y otra vez su inocencia y que, implorando piedad, le contestó el ofendido padre, ciego por la colera, al hacerlo suspender del balcón:

— ¡Quédate ahí ESPERANDO LA DEL CIELO!...

Un balcón tapiado para colocar un altar en la habitación á que corresponde, y un letrero, emblemas de la acendrada piedad de nobilísima familia, han sido, digámoslo así, los inocentes factores de una calumnia tradicional. Cúmplenos decir que este cuento se fantaseó en nuestros días, en el primer hervor del romanticismo.

¡Extraños caprichos de la suerte!

¡Cuántas veces, cambiados los datos, se ostentarán como títulos de nobleza verdaderos padrones de ignominia!

Esta casa está limitada á la diestra por una pequeña plazuela y á la siniestra por la calle de Zafra, que debe su nombre á un inmediato convento de monjas.

Los señores Reyes Católicos habían hecho merced á Hernando de Zafra de la facultad que tenían de Su Santidad para fundar un convento de religiosas en la Alcazaba de Granada. Esta fundación fué la del convento que hoy llamamos de Santa Isabel la Real, que los señores de Castril cedieron, estando ya casi concluido, á la Reina,

y en lugar de éste, en un notable palacio morisco que poseían cerca de su casa, establecieron el convento de dominicas de que hablamos, y que aún se conserva con el nombre del convento de Zafra*, del cual es hoy dignísima patrona nuestra distinguida amiga la excelentísima señora Marquesa de los Arenales y de Morante, propietaria á la vez de la casa solariega de Castril.

Este notable edificio está hoy habitado por *Las hermanitas de los pobres*.

El autor de estas líneas, cada vez que pasa cerca de la casa fundada por el piadosísimo secretario de los Reyes Católicos, no puede ménos de leer, una en pos de otra, estas dos inscripciones que ostenta en su fachada la casa de que nos ocupamos: una grabada en la piedra, al mediar el siglo XVI, por un hidalgo caballero; la otra trazada recientemente sobre la pared con tinta negra.

Sobre el balcón angular:

ESPERANDO LA DEL CIELO.

En la planta baja:

LAS HERMANITAS DE LOS POBRES.

Ambas leyendas nos parecen inspiradas por un mismo sentimiento.

MANUEL DE GÓNGORA.

MUERTE POR DECAPITACION.

¿Es instantánea la muerte por decapitación?

En un periódico francés, el *Gaulois*, ha publicado el Dr. Pinel una carta, en la que se propone probar que el infeliz guillotinado no muere instantáneamente; que el tronco separado de la cabeza vive todavía por algun tiempo, sin que pueda revelarlo por carecer de medios para ello; y que no sólo vive también por espacio de tres horas la cabeza, sino que piensa y tiene conciencia de su horrorosa situación.

Al desenvolver y sostener su peregrina tesis, empieza el citado doctor suponiendo que, cuando el célebre Cabanis presentó su informe á la Constituyente (año 1793) acerca del suplicio de la guillotina, obró más en su ánimo la hombría de bien que la ciencia; el laudable fin de tranquilizar á los parientes de las víctimas, que la convicción favorable á la instantaneidad de la muerte ejecutada con aquel aparato horrible. Dice además que en aquella época sólo se habían estudiado superficialmente las enfermedades del cerebro, y que el progreso de la psicología y de la fisiología permite y obliga á opinar de otra manera.

No nos sorprende la singular opinión del Dr. Pinel. Lo que sí extrañamos es que pretenda apoyarla en el progreso de la psicología y fisiología, y en el más profundo estudio de los padecimientos cerebrales. Vamos á seguirle en sus razonamientos, y esperamos demostrar hasta la última evidencia que, *acti continuo de ejecutada la decapitación, ni vive el tronco, ni piensa la cabeza del infeliz decapitado*.

I.

Comencemos por sentar algunas bases fisiólogo-psicológicas, tomadas de la fisiología moderna.

Desde los tiempos de Cabanis, contemporáneo de Richat, la vida está dividida en funciones orgánicas y funciones anímicas; que es, como si dijéramos, en funciones de nutrición, debidas todas al movimiento molecular de asimilación y desasimilación continuas, y funciones de relación, constituidas por las de la sensibilidad, inteligencia, voluntad y movilidad, las cuales forman los elementos de la conciencia.

La vida orgánica ó nutritiva está bajo la inmediata dependencia del sistema nervioso ganglional, ó gran simpático (situado principalmente en el cuello, pecho y vientre), sin que por eso sea independiente en absoluto de la influencia cerebro-espinal, puesto que, sin la acción, sin el influjo de los centros cerebrales y espinales, la vida orgánica no es posible en el hombre.

La vida de relación, la vida de la conciencia ó psicológica depende inmediatamente del cerebro, cerebelo, y sus ramificaciones nerviosas, destinadas á la sensibilidad y al movimiento muscular ó dinámico.

En ambas vidas existe un movimiento molecular, en virtud del cual las células, elementos orgánicos primitivos de todo tegido y órgano, se nutren, tomando del plasma que las rodea, ó sea de la sangre, los elementos

nutritivos que cada una necesita para su formación y conservación y para desempeñar la función vital correspondiente ó respectiva.

Ese movimiento molecular se debe á la propiedad que tienen los elementos químicos de esas células para efectuar sus combinaciones con los de la sangre, y en especial con el oxígeno respirado, de lo cual resultan los elementos histológicos de que cada una se compone, y del conjunto de aquellos y su modo de organizarse nace la especial función de cada una de esas células, tegidos y órganos, y la naturaleza de sus productos.

En la vida orgánica ó de nutrición no hay más actividad que esa puramente molecular, siquiera tome luego diferentes formas, y sean las funciones orgánicas varias, y elaboren sus órganos diversos productos materiales para realizar todos los actos que la vida nutritiva necesita.

En la vida de relación, en las células de los órganos de la conciencia, además de la propiedad de nutrirse, de obedecer incesantemente al movimiento molecular, existen ciertos automatismos espontáneos que les consienten desempeñar funciones de otra índole, consideradas por muchos como manifestaciones del espíritu.

Hay el de las células periféricas de los nervios de la sensibilidad, por el que reciben la impresión de los objetos exteriores, y por medio de fibras que emergen de ellas, transportan esa impresión á los centros espinales para los fenómenos de reacción inconsciente, y á los centros cerebrales para los actos conscientes.

Hay el de las células de los centros contenidos en los *tálamos ópticos* (porción del cerebro), que son el verdadero *sensorio*, donde las impresiones exteriores ó impulsos centripetos se hacen *sensaciones*, las que por medio de fibras que proceden de sus centros, van á estimular las celdillas que componen la capa más exterior de la sustancia gris de las circunvoluciones cerebrales, donde residen los órganos del entendimiento.

Hay el de las células de esos órganos, por el que se realizan las percepciones ó ideas objetivas particulares y las ideas subjetivas ó generales, y toda asociación de unas y otras, los recuerdos y las creaciones del ingenio.

Hay el de las celdillas de otra capa media, á donde va á parar la acción de las ideas, en virtud de la cual se efectúan las conmoviones morales, las voliciones, los deseos ó repugnancias, relativos á cada uno de los numerosos instintos y sentimientos de que está dotado inatamente el hombre, y que constituyen el sentido comovedor, ó *Gemüth* de los alemanes.

Hay el de las células de la capa más interior de dicha sustancia gris, por el que, recibiendo el impulso de los órganos de la voluntad, ó de los instintos y sentimientos, envían el suyo al *cuerpo estriado* (otra porción del cerebro), que es á los impulsos centrifugos ó íntimos lo que los *tálamos ópticos* á los exteriores ó centripetos.

Hay, por último, el de las celdillas del *cuerpo estriado*, de donde parte el impulso de los movimientos voluntarios ó conscientes, el que, auxiliado por el influjo del cerebelo, determina el juego del aparato locomotor y la palabra, para la realización y manifestación al exterior de las voliciones y demás actos de la conciencia libre.

Así como los órganos de la vida orgánica, además de nutrirse, desempeñan diversas funciones inconscientes, sin transportar su peculiar actividad material más allá del recinto donde obran, ó del todo cerrado que constituye el sér, reduciéndose á la formación y conservación del mismo; los de la vida de relación, además de nutrirse como aquellos, nos ponen en comunicación con el mundo exterior, nos hacen tener conciencia de nosotros mismos, y de ese mundo, del *yo* y del *no yo*, como diría Fichte, y revelan su actividad y poder íntimos con hechuras de innumerables formas, que representan en el espacio la existencia y fin de las funciones anímicas.

La vida orgánica, mas vasta que la psicológica, puesto que abraza no sólo todo el reino animal, sino el vegetal, es la primera que aparece en el mundo biológico; esa vida es posible sin la psicológica; ahí están las plantas para dejarlo fuera de duda: pero la psicológica no es posible sin la orgánica; esta es la condición más necesaria y *sine qua non* de aquella.

La vida orgánica se sostiene y prosigue, siquiera se suspenda por intervalos ó para siempre la psicológica. En la asfixia, en el síncope, en la apoplejía, en la congestión y conmoción cerebral, en varias afecciones nerviosas, en los letargos tóxicos, en la anestesia producida por el cloroformo, éter y demás anestésicos, en la idiocia, en el claustro materno, ó vida intrauterina, en el sueño profundo, etc., no hay conciencia, y sin embargo la vida orgánica se sostiene. Por el contrario, si se pierde ó suspende la vida orgánica del cerebro, cere-

* Documento refrendado por Hernando Alvarez, en Zaragoza, fecha 1593. Archivo de la casa de Arenales, pieza Núm. 1.º, legajo Núm. 15.

belo, y sus dependencias, si se pierde ó suspende la respiracion y la circulacion de la sangre, acto continuo queda suspensa la vida psicológica; el sugeto no tiene conciencia de lo que le rodea, ni de sí mismo.

Para que haya vida orgánica en el hombre, además del concurso armónico, del auxilio recíproco de todas las funciones y de la influencia cerebro-espinal, es de todo punto indispensable la respiracion, la circulacion de la sangre y el ingreso, en el torrente de ésta, de los elementos alimenticios, producto de las funciones digestivas, si bien esto último no es tan inmediatamente necesario.

Si no hay respiracion, el corazon se para, y si cesa definitivamente de latir por seis segundos, el sugeto deja de existir; ha perdido para siempre toda aptitud á la vida. Si el corazon se para ó late tan débilmente que apenas impulse la sangre, las funciones anímicas se niegan las primeras á ejercerse, y la conciencia cesa acto continuo. El hombre deja de ser *compos et conscius sui*.

Si no hay respiracion, el oxígeno del aire no se esparce por el cuerpo, ó la economía, pasando al través de las celdillas bronquiales al torrente circulatorio, no eleva los principios alimenticios, que lleva la sangre, á mayor grado de desarrollo orgánico y nutritivo, por medio de mayores grados de oxidacion. La sangre venosa no se hace arterial, y no sólo se detiene y queda comprometida la vida psicológica, que es la más intransigente, en punto á las cualidades de la sangre, sino también la vida orgánica, la que, si ese estado se prolonga, sigue el ejemplo de la psíquica.

Sin la accion permanente del oxígeno respirado, la albúmina, que entra en el torrente sanguíneo por la subclavia izquierda, procedente de las metamorfosis de los principios albuminóideos durante la digestion, no pasa á grados de combustion cada vez más elevados; no hay formacion de fibrina, ni de los demás compuestos llamados por Mulder óxidos superiores de aquel principio proteiforme: *no hay asimilacion*.

Tampoco hay cambio de la albúmina en materias reductibles á cola; de los elementos plásticos en creatina, en ácido úrico, en urea y amoniaco; ni de los adipógenos en agua y ácido carbónico: *no hay desasimilacion*. Falta, pues, la vida orgánica. Tarda más en extinguirse que la psicológica, pero se extingue y pronto.

Ahora bien. Sentadas esas bases fisiopsicológicas, tomadas de la fisiología moderna y psicología positiva, que es la que priva actualmente entre los hombres de la ciencia, ahitos de la esterilidad fastuosa de la psicología metafísica, y la que explica los enigmas de la patología cerebral; apliquémoslas á la cuestion que nos ocupa, y empecemos por ver qué vida puede haber en el tronco del infeliz guillotinado.

PEDRO MATA.

(Se continuará.)

GALAS DE MADRID.

UN DRAMA OCULTO DE LOPE.

(Conclusion.)

VII.

LOPE Á INÉS.

— «Desdè el lecho en que me tienen
Mi pena y tu desventura,
Te escribo, Inés desdichada,
Lleno de mortal angustia,
Que siendo tan grave el caso
Y tu ofensa tan oculta,
Quisiera que la ignorasen
Hasta el papel y la pluma.
Tres noches llevo de insomnio,
Tres noches de brega y lucha
Entre el amor que te tengo
Y entre el dolor que me abruma.
La ofensa de tí me aparta,
El amor á tí me empuja,
Y en este combate fiero
Llora el amor, mas no triunfa.
Ofensas que al honor tocan
(Y al honor toca la tuya)
Puede un amante vengarlas,
Pero consentirlas, nunca. —
Sé que la traicion no infama,
Que la vileza no injuria,
Que en estos casos la mengua
Es del que infiere la culpa.
Mas sé también que si un hombre

Accepta ofensa tan cruda,
Menguado, cobarde y torpe,
Toda la infamia hace suya.
En matar pienso al villano
Que así tu vida atribula;
¿Mas qué gano en provocarle,
Si antes la causa divulga?...
Lograré sólo en matarlo
Castigar su hazaña impura;
Mas tu deshonra ante el mand
Quedará fuera de dada. —
Si á traicion le arranco el alma,
Por más que contigo cumpla,
¿No se alzaré en mi conciencia
La voz que al crimen azusa?
¿Cómo dormiré en tus brazos,
Sin que á mi memoria acuda
El recuerdo de esa noche
Que en mi mente se dibuja?
Querré estrecharte en mi seno,
Besar tu boca de púrpura;
Contemplarme en esos ojos
Que de amor mi pecho inundan;
Y al recuerdo de ese agravio,
Que me avergüenza y conturba,
Sentiré hallar en tu boca
En vez de tu amor, cicuta.
¿Dios de mis celos te libre,
Dios te libre de mis furias,
Que hay horas en que los celos
Son como sierpes sañudas!
Y aunque te juzgo inocente
Y te considero pura,
Si al despertarse en mi pecho
Con rabia mi saña azuzan,
Aunque llorando gritases
Al cielo pidiendo ayuda,
Tal vez mis brazos te ahogaran
La noche de nuestras nupcias. —
Para evitarme tal crimen
Y evitarte tal tortura,
Forzoso es, Inés, que en ambos
Toda esperanza concluya.
Cuando, há tres noches, tu puerta
Se cerró tras mi fortuna,
Besé el muro de tu casa
Con hondísima amargura.
Losa juzgué aquella tapia,
Tomé tu jardín por tumba,
Y en él dejé para siempre
Mis esperanzas difuntas.
Para siempre, nó; ¡mal dije!
Que aún Dios, por su gracia suma,
Puede dejarte algún día
De tu infamador viuda.
Si esto ocurre, Inés del alma,
¿Y permita Dios que ocurra!
Llama á gritos á tu Lope,
Que aunque la tierra le cubra,
Nuevo Lázaro, á tu acento
Saldrá de su sepultura. —

Recibió Inés esta carta,
Leyóla espantada y muda,
Y luego arrojando un grito
Cayó al suelo moribunda.

VIII.

(CONCLUSION.)

Allá en la calle de Francos,
En el jardín de su casa,
Después de regar sus flores
Á la sombra de unas parras,
Cuando ya la vejez fría
Ornaba su sien de plata,
Esta dolorida historia
En muestra de confianza
Á su amigo Alonso Perez
Contó Lope una mañana.
Al terminar su relato
Lanzó un suspiro del alma,
Como el eco misterioso
De una voz triste y lejana. —
—¿Qué futé de Inés?... Dijo Alonso;
Y Lope con risa amarga
Murmuró: — «Á los pocos años,
La ví en el Prado, y casada. —
—¿Con Ataíde?

—No, con otro.

—Vive Cristo que me extraña!
—¿Por qué así? repuso Lope:
Tal es la flaqueza humana;
Todo lo destruye el tiempo,
Todo en la vida se acaba.
—Ejemplo triste es por cierto!
¿Por qué no hacéis una farsa
Que convertida en comedia
El mundo admire y aplauda?
—No, Perez; repuso Lope:
Asuntos de esta importancia
Buenos son para sentidos,
No para sacarse á plaza.
Flores son de nuestra vida
Glorias de la edad dorada;
Quien tales secretos vende,
Sus propias dichas profana.
Cuando el seso evoca triste
Estos risueños fantasmas,
¡Ay! parece que la vida
Nuevamente se restaura,
Y que aún pueden realizarse
Las perdidas esperanzas.
¿Pobre Inés! Aun su memoria
Todo mi espíritu encanta:
¿Cuánto la amé, Alonso Perez!
¿Cuánto la amé! — ¡Dios me valga! —
Y refrenando un suspiro
Y conteniendo una lágrima,
Dando á su voz otro tono
Y otro giro á sus palabras,
Exclamó: — «Vamos arriba,
Vamos, Perez, á la sala,
Que ya la mesa está pronta
Y en ella el almuerzo aguarda.»

A. HURTADO.

ANTIGÜEDADES PREHISTÓRICAS.

CARTAS ACERCA DE ALGUNOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

SEGUNDA.

Sres. D. Aureliano Fernandez-Guerra, D. Eduardo Saavedra y D. José Moreno Nieto.

Mis queridos amigos: Las recientes investigaciones en la inagotable Cueva de los Murciélagos han producido el encuentro de una multitud de objetos que guardo con el anhelo que deben Vds. presumir.

El índice sumarisimo de estos objetos vá á llenar la presente epístola, que será una especie de paréntesis entre las demas.

Enemigo de escribir por metros, partidario de la concision y tenaz é impenitente en mi sistema de evitar digresiones, para dejar á mis lectores la entera libertad de sus juicios, esta carta debe ser necesariamente mucho más árida que las demas.

Entre los objetos recientemente encontrados en la Cueva hay varios calzados, telas y gorros de esparto; unos semejantes y otros distintos de los ya publicados en mi libro; pedazos de cascós ó de escudillas de madera que aún ostentan los cordones de esparto con que se ataban á la barba ó se llevaban pendientes y con agujeros que pudieron sujetar alguna insignia; restos de vasos de barro, varios de ellos con dibujos ó con formas nuevas; multitud de teas que debieron usarse, pues que tienen quemado uno de sus extremos; pedazos de madera, labrados y sin labrar, uno de ellos (*Fig. 1.^a*) con agujeros simétricos; el pedazo de una, al parecer, ajorca de piedra; un hueso que pudo ser cuchillo, con dos agujeros y adornos (*Fig. 2.^a*); restos de plantas tuberculosas; huesos de mamíferos y de aves; pedazos de huesos fósiles; armas de piedra; dardos con caña de carrizo, fortificadas sus articulaciones con hojas de gramíneas cortadas longitudinalmente (*Fig. 3.^a*) ó con hilos de ovas ú otras plantas filamentosas (*Fig. 4.^a*), y todo barnizado con betun oscuro. Conservo la afilada punta de madera embetunada, de nueve centímetros de larga, que se introducía en el extremo de los carrizos (*Fig. 5.^a*); el pedazo de otra punta, rota como por su mitad (*Fig. 3.^a*), que mide diez y seis centímetros de larga; el extremo de una flecha, igualmente de carrizo, cortado longitudinalmente (*Fig. 6.^a*) y como para armarlo con una espina de pescado ó con una astilla de hueso sujeta con un esparto, pero sin betun y atado con apresuramiento, sin el cuidadoso arte que los otros de que ántes hemos hecho mencion, como que las unas eran fijas y la otra para renovarse en una cacería ó en un combate. El uso de estas flechas y dardos se concibe perfectamente dadas las cotas

de esparto (ANTIGUEDADES PREHISTÓRICAS, Pág. 34): á tal sistema de defensa, tales medios de ataque.

Apropósito de armas y abandonando mi empeño de no hablar sino de lo que he visto con mis propios ojos, daré aquí una noticia, confirmación de otras anteriores, que debo á mi ya citado amigo, el señor D. Patricio Manzucó.

Cada una de las doce momias que rodeaban á la mujer de que hablo en las páginas 30 y 31 de mi libro, tenía, entre el traje de esparto y en la parte derecha de su cuerpo, una navaja de madera, color de *algarroba brillante*, según la frase de mi amigo, cuya mitad servía de mango y la otra tenía sujetos en una hendidura, con betún negro, una fila de pedernales en la forma que puede verse en la Fig. 7.^a (mitad del tamaño natural), hecha á la vista y con las noticias del Sr. Manzucó.

¿Cuántas ciencias llamadas á concurso en estos descubrimientos! La indumentaria, la cerámica, los usos domésticos, las prácticas funerarias, el arte militar, la fauna y la flora primitivas, la geología, la paleontología!

Y ¿quién sabe si removiendo los peñones que obstruyen el paso de la Cueva de Albuñol, no parecerá la entrada de alguna nueva caverna jamás violada, y en ella cadáveres enteros con sus trajes de esparto y sus armas y sus ofrendas funerarias!

Los últimos felices descubrimientos del Barranco de las Angosturas han producido además el hallazgo de dos cráneos: uno de mujer como de diez y seis años que carece de maxilar inferior, y en cuya region lateral izquierda se encuentran grandes porciones del cuero cabelludo momificado y adherido al mismo cráneo. Véanlo ustedes fotografiado (Figura 8.^a), para poder medir en lo posible el ángulo facial de Camper. El otro cráneo está incompleto, y es de hombre como de veinte á veinticinco años (Fig. 9.^a).

Y ya que de cráneos hablo, debo decir á Vds. que también he hecho descubrimientos en el campo de la Ermita de Santa Cruz, de que hablo en las Pág. 114 y siguientes de mi ya citado libro.

Allí recogí las tres calaveras más notables que encontré.

La primera es de hombre de unos treinta y cinco años: su superficie exterior está muy maltratada (Fig. 10).

La segunda es también de hombre como de unos cuarenta años, y es muy notable por su buena conformación (Fig. 11); pero debo advertir que el maxilar que ostenta es de otro cráneo.

La tercera, también de hombre, como de sesenta años, tiene sumamente deteriorada la lámina compacta de los huesos que la forman (Fig. 12).

El borde alveolar superior, en su region

lateral izquierda y molar, se ha borrado totalmente, desapareciendo los alveolos, así como en el lado derecho en la region correspondiente á los tres primeros molares.

En la mandíbula inferior de este cráneo obsérvanse, en la parte posterior de la mitad derecha del cuerpo del maxilar y primera porción de la rama del mismo lado, indubitables rastros de osteitis rarefaciente. Además han desaparecido los alveolos de sus tres últimas muelas en la parte correspondiente á este mismo lado derecho (Fig. 12.).

Descubierto el sepulcro donde yacía este notable cráneo, se encontró el esqueleto, cubierta la mitad superior con una tela de paja, semejante á los tejidos hallados en los restos lacustres de Robenhaupten en Suiza, de la cual sólo pude recoger algunos fragmentos, y un gran peine de madera, que ofrezco á ustedes fotografiado en la Fig. 13.

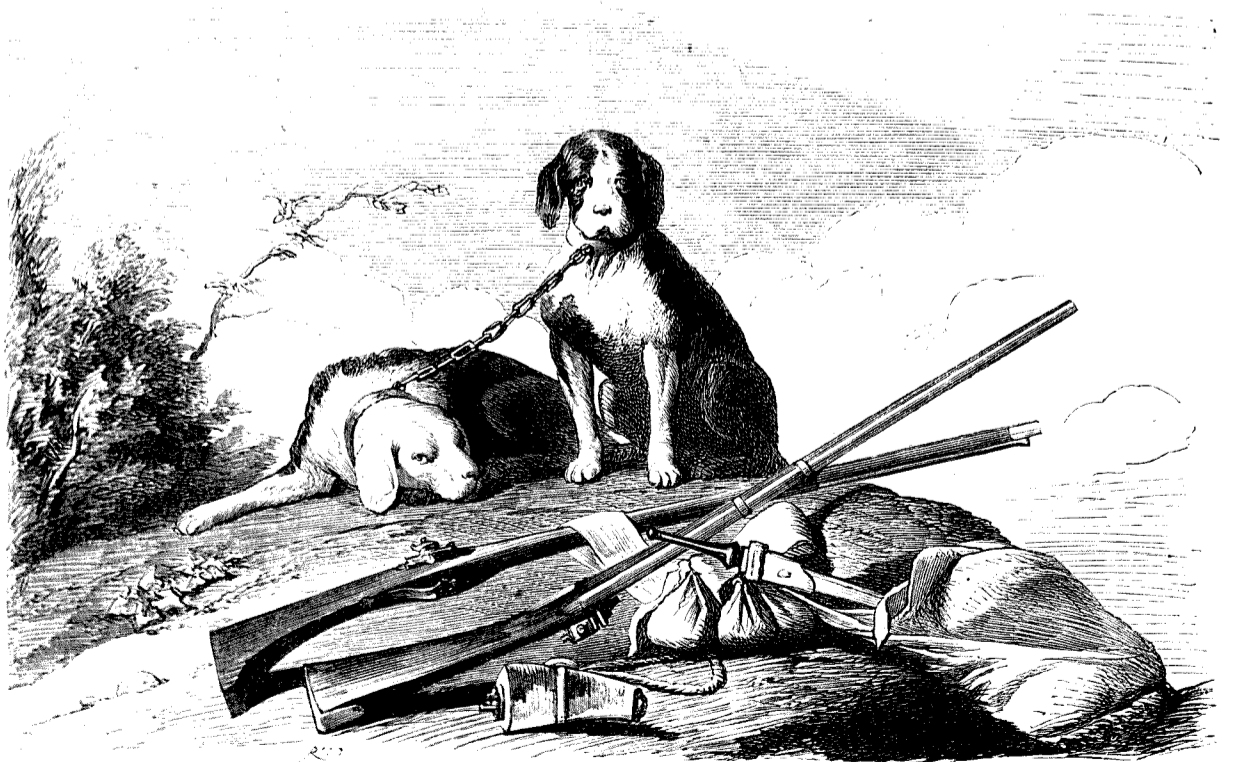
Consultado mi amigo y compañero el distinguido catedrático de anatomía de esta Universidad, doctor D. Aureliano Maestre de San Juan, me asegura que todos estos cráneos corresponden á los de los mismos parajes de que me ocupé en mis *Antigüedades Prehistóricas*.

Pero volvamos otra vez á la Cueva de los Murciélagos.

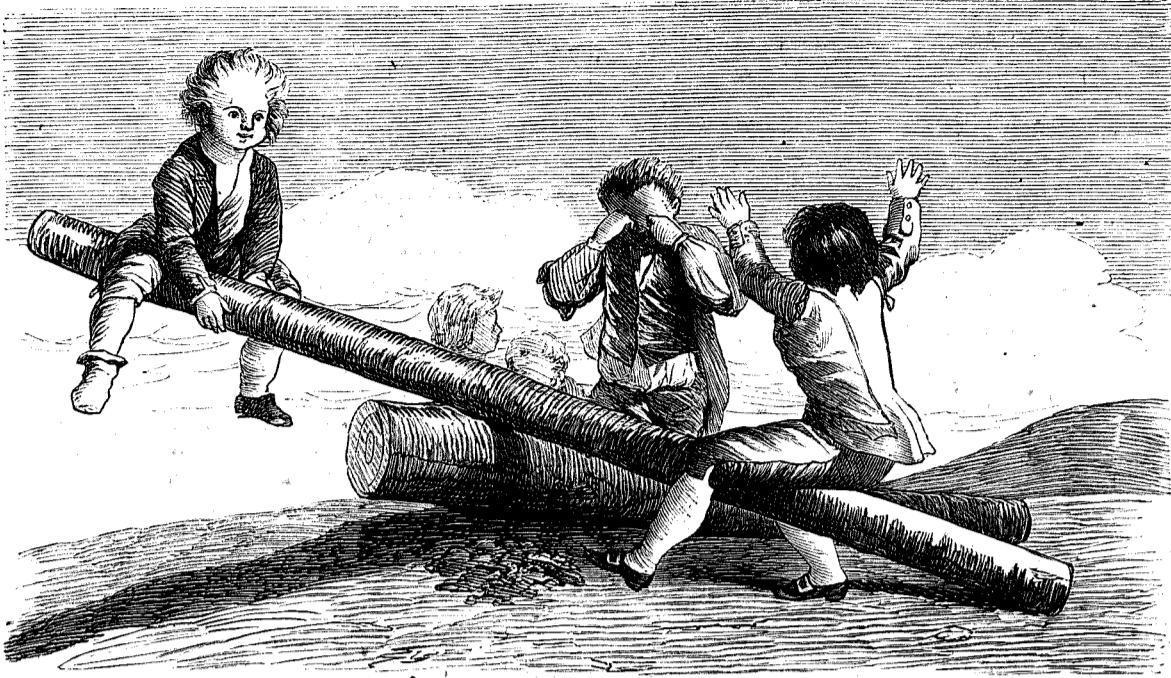
¿Cómo no esperar, en vista de los fósiles de que antes he hablado, que cavando en el



UNA CALLE DE LA CIUDAD DE TOLEDO.



TAPIZ DE GOYA.—DEL MUSEO DE TAPICES DEL ESCORIAL.



subsuelo, no parecerían allí restos de razas anteriores? ¿Cómo no hacer exploraciones análogas en las numerosas cuevas de que hablo en mi libro, en la que hay en término de la Abrucena (Almería), donde había esqueletos humanos con adornos de paja; en la de la Sarna (Serón, Almería), donde se encontraron cadáveres con trajes y sombreros de palma y armas de cobre y de piedra? ¿Cómo no hacer reconocimientos en los Tajos de Cacin, como á una legua al Sur de Arenas del Rey (Alhama, Granada), donde, entre abundante guano, pareció el puchero fotografiado en la Fig. 14, cuya forma y cuyo barro es tan análogo á los de la Cueva de los Murciélagos, de Fréila y de Alcudia, que tiene tres asas para suspenderlo, y detenidísimos dibujos hechos á mano, conteniendo un arma de piedra que conservo con el puchero?

Pero el esfuerzo individual no puede llegar á tanto.

En otros países, donde tan alta importancia tiene el espíritu de asociación, ya se hubiera formado una empresa y allegado los fondos necesarios para dar cumplida cima á este patriótico empeño: el resultado sería indudablemente satisfactorio. ¿Qué valen la ruina de una existencia y de una modesta fortuna como la mía para tamaña empresa? Y sin embargo, yo he obtenido no despreciables resultados. ¿Cuántos y cuán fecundos no los alcanzarían el patriotismo y el esfuerzo de todos! Pero á esta esperanza es dolorosamente preciso renunciar en España, donde se desconoce por completo el espíritu de asociación científica.

A nuestras Reales Academias tocaba de derecho animar tal empresa; pero estas gloriosas corporaciones se encuentran hoy, si bien, como siempre, animadas por la ciencia y por el mejor deseo, totalmente faltas de recursos.

Por la índole de nuestro carácter, por costumbre y por deber, al Gobierno corresponde dar vida á esta empresa, procurando medios, ofreciendo premios y recompensas; que no ha de ser condicion indeclinable y forzosa de la ciencia la ruina de los que, con mejor intencion que buen acuerdo, á ella se consagran en nuestra patria.

En España sobran hombres capaces de realizar este pensamiento; investigadores incansables, anticuarios, historiadores, etnólogos, naturalistas, antropólogos, como Hernández Sanahuja, Tubino, Rada y Delgado, Escudero, Machado, Delgado, Assas, Fulgosio, Gil, Murguía, Maraver y el incansable y sabio catedrático D. Juan Vilanova, con otros ciento que no conozco ó que no recuerdo en este momento.

Ustedes que han sido mis maestros ó mis consejeros generosos, y siempre mis buenos amigos; Vds., que reuniendo todos la ciencia, representan especialmente, uno la voz autorizada de las Academias extranjeras, el otro la influencia oficial, el otro la autoridad parlamentaria, están obligados, permitanme que se lo diga, á clamar uno y otro día en la prensa y en las Academias, en las regiones oficiales, en el Parlamento, si es preciso, para obtener este resultado.

¿No será criminal y vergonzoso para nosotros, que sean los extranjeros quienes descifren las inscripciones de Albuñol y del Monte Horquera, de Fuencaliente y de la Cueva de los Letreros? Permaneceremos indiferentes ante el movimiento, tan resuelto hoy en todas las naciones de Europa, en pro de los estudios prehistóricos?

Mucho lo temo, hoy que la política es el ídolo único de los españoles, y el centro de todas las esperanzas.

¿No será posible conceder alguna atención á esa modesta variedad del verdadero patriotismo que se llama amor de la ciencia?

En la siguiente tercera epístola procuraré no incurrir en los defectos que encontrarán Vds. en esta segunda, hijos legítimos de la aridez de la materia.

De Vds. siempre apasionado amigo, seguro servidor

Q. B. S. M.

MANUEL DE GÓNGORA.

Granada, 21 de junio de 1869.

EL GENERAL PUELLO.

Achaque es muy común entre nosotros admitir como válidas muchas apreciaciones que acerca de algunos períodos de nuestra historia se han hecho en el extranjero; y la pereza de examinar personalmente la exactitud de algunas afirmaciones, ó el prestigio quizá de autoridades respetables, influyen de tal modo en nuestros juicios, que no pocas veces nos hacemos eco de críticas severas, sin cuidar primero de buscar datos y noticias que comprueben perfectamente la justicia de nuestras acusaciones.

Bajo esta impresión se han juzgado por mucho tiempo los memorables sucesos del siglo XVI, con esta deplorable ligereza se comentó un reinado eje principal de nuestra historia moderna, y sólo cuando una escrupulosa erudición analizó los documentos contenidos en las catacumbas de nuestros archivos, y estudió con detención el espíritu de aquella época, comenzaron á iluminarse puntos que parecían voluntariamente oscurecidos, y á verse los móviles que habían impulsado una política, que se creía hija sólo de un refinado despotismo.

Por desgracia no se ha extendido esta beneficiosa crítica á todos los hechos principales de nuestra historia: restan aún muchos errores que se conservan como axiomas para el vulgo de los doctos, y que sólo á merced de un estudio perseverante podrian quedar limpios de lo que ha forjado á su alrededor la ignorancia y las preocupaciones.

La agitación política altera entretanto el sosiego que requieren estos trabajos, esteriliza toda actividad, y roba una atención que podría ser fecunda para la historia patria: así existen aún lagunas inmensas que nadie se ha propuesto aclarar, juicios convencionales y opiniones inmotivadas, que son obstáculos continuos de una verídica narración.

En este caso se halla casi todo lo que se refiere á nuestra dominación en América: se acumulan crímenes, espoliaciones violentas, injusticias horribles y privilegios onerosos, intentando presentar en esta forma los caracteres distintivos de nuestra colonización: de nada sirve que los códigos por que se rigieron aquellos países, casi desde su descubrimiento, las disposiciones gubernativas de las autoridades españolas, la elevación de ciudades poderosas y el establecimiento de nuestra raza con todos sus hábitos y tradiciones, sea un testimonio indudable de la índole civilizadora de nuestro sistema; la mayoría se deja arrastrar por las preocupaciones de unos cuantos, se dá por satisfecha con esta afirmación, la repite, aunque sin buscar las pruebas de su autenticidad, y de este modo llega á formarse, respecto á este asunto, la opinión histórica de la vulgaridad de los pensadores.

Si por casualidad las circunstancias añaden á estos precedentes la inmensa desventura de la esclavitud, si la experiencia de los conflictos ocurridos en otros países detiene la abolición hasta hallar medio de resolver este problema sin causar perturbaciones en la sociedad, las declamaciones crecen, los excesos se exageran, y el castigo del negro y el desprecio con que se le trata, vienen

á ser un nuevo dato para pintar con colores muy subidos los errores de todo un sistema colonizador.

Librenos Dios de hacernos apologistas de la esclavitud, y pedir, como algunos han hecho, la conservación indefinida de este mal; pero al ver las acusaciones con que se nos condena, queriendo desfigurar las costumbres y el gobierno de aquellos países con supuestas tiranías, no podemos menos de recordar la blandura relativa que ha distinguido á la esclavitud de las Antillas españolas de la que ha existido en las posesiones de otros países.

En ellas la diferencia de estado civil no constituía sólo la separación, el color era, y continúa siendo, causa también de diversidad, y los que tienen los mismos derechos, los que acuden juntos al ejercicio de la soberanía, son sin embargo objeto de menosprecio, aún para los republicanos yankees, que huyen de su tacto, los alejan de los puestos públicos y no llegan á concederles como hombres la consideración que les reconocen como ciudadanos.

España, por el contrario, desconoce esta diferencia, conserva, aunque con dolor, la institución doméstica, espía el momento de hacerla desaparecer de sus provincias ultramarinas; pero no crea en el color una nueva excepcion en las leyes de la humanidad, extiende su protección sin distinción de razas, y utiliza á todos en servicio de la patria común.

Representante de esta conducta, testimonio de los propósitos del Gobierno, es sin duda D. Eusebio Puello, que figura entre los generales del ejército español.

Soldado en la Isla de Santo Domingo desde 1824, ascendió por sus merecimientos á los diversos grados de la milicia, hasta que el Gobierno haitiano estimó conveniente premiar su acierto, ascendiéndole al empleo de General de brigada en 1856, y al de General de división dos años después.

Sus trabajos en pró de la anexión á España de aquella importante provincia, el valor con que combatió la rebelión que se desarrolló á poco, y particularmente los servicios que prestó en la acción del Guanabaco de Payas, hicieron que nuestro Gobierno reconociese en 1864 los empleos que desempeñó en Santo Domingo, le promoviera á Mariscal de Campo de los ejércitos nacionales, y significara la conveniencia de conceder á este bizarro militar la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Posteriormente el General Puello obtuvo permiso para residir en Cuba, donde con motivo de la insurrección que aún agita aquella Isla, ha tenido nuevos motivos de demostrar la sinceridad del afecto que le inspira su patria adoptiva: comenzó desde luego á tomar parte en la persecución de los rebeldes, ayudado por su conocimiento del país y del carácter especial de esas guerras, consiguió más de un triunfo importante, y á la llegada del General Caballero fué nombrado Comandante General de Puerto Príncipe con el mando de operaciones, teniendo la fortuna de dominar uno de los puestos principales de la insurrección.

Por último, el telégrafo ha anunciado hace pocos días que el General Puello tomó con 1.200 hombres unas trincheras defendidas por 3.000, y estamos seguros de que las noticias detalladas, que llegarán muy en breve, serán una prueba más del valor y acierto con que dirige sus tropas en tan difícil campaña.

El ejército por su parte admira y respeta al General Puello, la autoridad superior de aquella provincia le elige para uno de los puestos más importantes, el Gobierno aprueba gustoso esta medida, y el pueblo todo aprecia como se merecen sus servicios, sin que la diferencia de color que le distingue altere en nadie la consideración y alabanza que su patriotismo merece.

F. DE LAIGLESIA.

EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

EGLOGA CONTEMPORANEA

POR

LUIS DE EGUILAZ.

(Conclusion.)

Apesar del aperebimiento de no bendecir al que tal bien dispensaba á los que tenían que atravesar aquella abrasada comarca en el rigor del verano, las bendiciones llovian sobre Pedro Estudia, de quien se sabía que aprovechando el pozo de su casa, había puesto una bomba de gran fuerza, cuyo coste sobre consumir sus ahorros le empeñaba para mucho tiempo, con el fin de prestar este tan necesario auxilio á los pobres caminantes y á los que tenían ganado en las cercanías.

X.

HORTALIZA BARATA.

Algunos días pasados, Pedro, que desde que se metió á filántropo no salía de su casa ni aun para ganar el jornal con que se alimentaba, presentóse en el mercado de Valdesuno llevando sobre sus anchas espaldas una gran carga de hortaliza, manjar que en las mesas de la aldea sólo se servía de Pascuas á Ramos, puesto que no habiendo huertas en muchas leguas á la redonda por falta de agua, era bocado caro para los pobres habitantes de aquella mísera población.

—¿De dónde sales, Pedro? le preguntó uno de sus antiguos amigos.

—De la escuela donde estudio, contestó el interpe-lado, depositando en el suelo su carga.

—¿Te has echado á tratante en hortaliza? interrogó el amigo examinando la mercancía. Más te valiera cavar como hasta aquí, que al precio que en Valdesuno puede dárse tu mercancía para no perder, no encontrarás muchos compradores.

—Es que yo vendo mi berza á la mitad del precio corriente y todavía gano, repuso Pedro.

—¿Y eso cómo puede ser, si en el punto en que la compras te cuesta más de lo que dices, y además es preciso que saques un jornal y lo que el porte cuesta?

—Así será, Curro; pero es lo cierto que vendo á como ves y que como digo salgo todavía ganancioso.

—¿Mas cómo lo haces?

—Estudiando, hijo, estudiando.

Momentos despues la mercancía de Perico estaba despachada, porque como la privación es causa del apetito todo el mundo quería berzas y ensaladas en el lugar, y nuestro héroe tornaba á su casa restregándose las manos, sin carga en las espaldas, pero con pesetas en el bolsillo.

Lo propio aconteció al otro día y en los quince siguientes. Al que hizo diez y seis, Pedro se presentó en el mercado arreando un asnillo, gordo y de pelo reluciente, que en un gran seron llevaba lo que de ordinario su dueño sobre sus hombros conducía. La prosperidad de un comercio, cuyas utilidades bastaban á usar este medio de transporte, no fué ya dudosa en Valdesuno; mas algunos que intentaron hacer competencia á Perico, vieron bien pronto que era imposible cosa, puesto que vendía su género á más bajo precio del que por él se pagaba en el apartado pueblo que lo producía. ¿Cómo esto podía ser y en qué estribaba el negocio del antiguo cavador de viñas? Hé aquí el problema financiero que durante muchos días preocupó á la alta banca de Valdesuno, y que dió lugar á un sin número de suposiciones.

—Desengáñense Vds., decía Curro un domingo á la puerta de la iglesia: si esto no es como el cuento de las escobas, que venga Dios y lo vea.

—¿Qué cuento es ese, muchacho, preguntó el tío Antonio que en el corro estaba.

—No es cuento sino sucedido, y en Sevilla están los que lo vieron. Un hombre entró en la ciudad con una carga de escobas gritando: "¡escobas; escobas, á dos reales la docena; que no hay quien me gane á darlas baratas!" "¡Escobas, escobas á real la docena; que más baratas las doy yo", sintió que gritaban á su espalda.

—Compadre, dijo el primero, explíqueme V. este negocio. Yo robo las palmas y la caña, y vendiendo á dos reales aún gano poco con las escobas. ¿Cómo puede usted darlas á uno?

—Porque yo las robo hechas, contestó el segundo escobero.

Grandes carcajadas acogieron la maliciosa alusión de Currillo; mas el tío Antonio, que aunque, según su dicho, no tenía letras, era un verdadero filósofo campesino; puso fin á la risa encarándose con el narrador y diciéndole en tono nada pacífico.

—Lo que tú tienes, Curro, es que te come la envidia, y este es el cuento que no el de las escobas que has relatado. Perico ha sido siempre hombre de bien; y aunque eso no te constase, que sí te consta, debírate bastar para no tomarle en boca el saber que una santa como Melita le dá la conversación y dice á todo el que la quiere oír que con él se ha de casar tarde ó temprano. Cuando ella no le ha echado enhoramala, no habrá hecho él nada que de buen cristiano no sea.

—Así es la verdad, dijeron todos los circunstantes, que de los beneficios de Melita se acordaban.

—Caballeros, continuó el tío Antonio, mírese cada cual á sí y no se ocupe de lo que los otros hacen. Ese Perico es muy despierto de sentidos y Estudia le decimos; por mal nombre, y claro se ve que ha estudiado.

Estas sentenciosas frases del viejo labrador pusieron término á las murmuraciones de Valdesuno, y ya nadie se atrevió á suponer en voz alta nada que á la probidad de Perico atacase. Nuestro amigo, en tanto, sin apereci-

birse de la curiosidad que su comercio despertaba, seguía llevando todos los días su carga de verdura al mercado, y todos los días tornaba á su choza con buena cosecha de pesetas en el bolsillo, alegre y de sí mismo satisfecho; y así hubiera continuado, aun cuando á sus oídos llegara el rumor de las habillitas de que era objeto, que de consuelo le sirviera la gratitud de los arrieros, que, merced á él, tenían agua para sus recuas, á la cual en vano intentaba sustraerse.

* XI.

LAS VELADAS DE MELITA.

Entretanto Melita seguía reuniendo en su casa todas las noches á casi toda la poblacion de Valdesuno, cada día más ansiosa de escuchar sus cuentos, y haciendo encajes en union de sus discípulos, á la viva luz del caliente hogar donde chisporroteaban inmensas brazadas de almarrjos.

—Dios guarde á Melita y la compañía, dijo Pedro una noche, que tras de muchas de ausencia se presentó en la tertulia de su novia.

—Dios te guarde, Pedro Estudia, contestaron en coro los circunstantes.

—No me llameis Pedro Estudia, sino Pedro Yasabe. Ya sé, Melita: los estudios concluyeron, y ahora ya no me falta más que recoger el fruto que dan.

—Pues recoge, hijo mio, recoge, que yo no me descuido, respondió la encajera sin dejar de mover los palillos.

—El año que viene, Melita, creo que podremos hablar de boda.

—Habla, hijo, que á eso está una. Mas echa almarrjos en el hogar y siéntate si quieres á oír mis cuentos, que de aquí al año que viene hay muchos días que andar.

Perico obedeció en silencio con los ojos fijos en la hermosa cara morena de su novia, y la velada, prosiguió tranquila y alegre como desde que Melita abrió sus salones solian ser las veladas de Valdesuno.

XII.

MISTERIOS.

Antes del amanecer del siguiente día, cuando el lugar entero áun entregado al sueño estaba, oyóse en sus calles el acompasado ruido de muchas carretas, que al lento paso de los graves y sesudos bueyes las atravesaban. Una vieja curiosa, de esas que nunca en los lugares faltan, dejando el caliente lecho y abriendo un postigo de su ventana, púsose á la husma y contó por la mañana á cuantos quisieron oírlo, que las carretas hicieron alto frente al caseron que Melita habitaba y que á la luz de un velon con que la encajera salió á la puerta, pudo ver que los carreteros la traspasaron varias veces sin carga alguna, y que salieron otras tantas con sendos sacos al hombro ó rodando barriles, que en sus pesados vehiculos cargaron, prosiguiendo despues silenciosamente su marcha. Mas la gente del pueblo, que bien sabia que en el granero de Melita no habia trigo, ni vino en su bodega, atribuyendo el relato de estos hechos á chocheos de la vieja, dió el punto por suficientemente discutido, acordando pasar á otro asunto.

XIII.

¡ARBOLES!

Un fenómeno sin ejemplo en los anales de Valdesuno traía conmovidos y curiosos á aquellos de sus habitantes á quienes no habia llenado de asombro. Por encima de la tapia que cercaba la heredad de nuestro amigo Pedro Fernandez, veíanse algunas ramas llenas de verdes botones, que vivificados por los rayos de un sol primaveral, pronto se convirtieron en hojas. El soplo de la brisa llevó al lugar cantos de pájaros, nunca en aquella comarca oídos; que en ella hasta entónces sólo habian saludado los albores del día alondras y terreras y otras aves de esas que anidan en el suelo y saben vivir sin árboles como el pobre campesino de nuestras tristes llanuras.

XIV.

GACETILLA.

Si en Valdesuno hubiera habido periódicos, pocos días despues de este gran acontecimiento, en alguno de ellos se veria el suelto siguiente: *La apreciable encajera Manuela Gonzalez vá á contraer matrimonio con el distinguido cavador Pedro Fernandez, alias Estudia. Ignórase aún si los esposos pasarán la luna de miel en el palacio que la primera habita en nuestra poblacion ó en la bella quinta que el segundo posee en esta pintoresca cam-*

paña. Pero ese poderoso medio de publicidad que se llama lengua femenil se encargó, á falta de prensa periódica, de esparcir la noticia en algunas leguas á la redonda, y por esta vez al ménos el periódico hablado venció al periódico impreso.

(Se concluirá.)

UNA CALLE DE TOLEDO.

Discurriendo al azar por entre el confuso laberinto de calles de la antiquísima ciudad de Toledo, el artista, el historiador y el poeta encuentran en los detalles de sus edificios, en los grandes nombres que conmemoran y el sentimiento que inspiran, el más curioso de los muscos, la más interesante de las crónicas y la más pura fuente de melancólicas y altas inspiraciones.

El dibujo que damos á nuestros lectores, recuerdo de uno de estos paseos por las desiertas calles de la ciudad histórica por excelencia, es cumplida prueba de lo que dejamos dicho.

En el fondo se destaca sobre los redondos arcos del pórtico de una iglesia, cuya última restauracion, se remonta al siglo XVI, la torre alta y airosa que en su tipo y ornato ofrece clara muestra del visible influjo de la dominacion árabe. A un lado y contra el desnudo paredon del ábside de un convento, se ve la cruz colosal que expresa con líneas más sobrias y grandes el mismo pensamiento religioso que llenó en una época de churriguerescos retablos las esquinas de las calles de nuestras antiguas poblaciones. Al otro, completa el cuadro el muro y la portada de granito de una noble casa, solar de un esclarecido linaje.

El artista no necesita preguntar el nombre de aquellos edificios, ni conocer las circunstancias de su construcción ó los sucesos de que han sido teatro, para encontrar un cuadro completo en la combinacion de sus caprichosas líneas, su color y detalles.

Pero llega el historiador. El nos refiere que aquel templo fue primero mezquita de los moros, los cuales la conservaron dedicada á la celebracion de sus ritos áun despues de reconquistada la ciudad. Por él sabemos cómo más tarde se consagró al culto católico bajo la advocacion de San Roman, que hoy conserva, reedificándola y levantando su airosa torre muzárabe el célebre prócer castellano D. Estéban de Illan, el cual, ayudado de los Benavides y de otros caballeros de linajes ilustres de Toledo, en una noche del verano de 1186, despues de haberle sacado ocultamente de la villa de Maqueda, donde le criaban los secuaces del bando de los Castros, encerraron en ella al niño Rey D. Alonso VIII proclamándolo mayor de edad desde lo alto de sus ajimeces, en los cuales amaneció ondeando el pendon de Castilla, mientras los heraldos anunciaban la nueva á la atónita poblacion, que no esperaba que sus sangrientas disensiones tuvieran aquel rápido desenlace.

Esta es, nos dice luego, la casa del famoso D. Estéban, en la cual es tradicion vivió así mismo el dulce poeta Garcilaso: el tiempo, al borrar el sello de las remotas edades del exterior del edificio, ha respetado en el interior una magnífica sala morisca, ornamentada conforme al gusto muzárabe tan usado por los conquistadores, y algunos escudos y timbres heráldicos que traen á la memoria el nombre de sus ilustres dueños!

Aquel ábside, añade por último, pertenece al convento de monjas bernardas de San Clemente, fundado en el siglo XII por D. Alonso el Emperador, y bajo cuyas bóvedas duerme el sueño de la muerte su hijo el infante D. Fernando.

¡Qué grandes proporciones, qué imponente poesia adquiere entónces á nuestros ojos aquella estrecha y solitaria calle que ántes sólo se nos antojaba un cuadro pintoresco, y ya es una página viva de nuestra historia!

G. BECQUER.

NAUFRAGIO DE UN FALUCHO DE PESCADORES

EN LAS COSTAS DE BENIDORM.

Apesar de que durante la última quincena los temporales no han sido tan frecuentes y violentos en nuestras costas, como podia temerse, tenemos que lamentar dos siniestros, en uno de los cuales han perecido nueve personas.

Cerca del islote de Escombrera, en Cartagena, sorprendido un falucho por una fuerte racha, vino á dar sobre la costa próxima, donde la mar lo volcó destruyéndolo por completo. Su tripulacion, sin embargo, des-

pues de luchar, aunque inútilmente, con las olas durante algun tiempo, pudo ser socorrida y salvada, merced á la aparicion de un bote guarda-costa, que próximo al lugar de la catástrofe, no vaciló en ir á prestar ayuda á los desgraciados naufragos.

Posteriormente, en Benidorm (entre Dénia y Alicante), varios pescadores que se dirigian también en un falucho á echar las redes en una almadraba, al doblar el cabo de la Huerta se acercaron tanto á él, que el barco tocó en un bajo y quedó detenido. En este punto la mar, que estaba encrespada y revuelta, comenzó á combatir el buque, de modo que los tripulantes casi tenían perdida la esperanza de sacarlo á flote y escapar así de la muerte. No obstante, lo mismo los pescadores que sus mujeres y algunos desgraciados niños que los acompañaban, cada cual en la medida de sus fuerzas, trabajaron durante algun tiempo luchando contra el furor de la borrasca; pero esfuerzos sobrehumanos de los pescadores, rezos de las mujeres y lágrimas y gritos de los niños, todo fué inútil: una monstruosa ola vino á estrellarse contra el casco, y destrozándolo y envolviéndolo, dispersó por entre las peñas á los infelices naufragos, que unos tras otros fueron pereciendo sin encontrar socorro alguno. Nuestro dibujo representa esta desoladora escena, imposible de pintar con palabras.

EL LAGO DE LOS PATINADORES

EN EL BUEN RETIRO, HOY PARQUE DE MADRID.

En el lugar correspondiente hallarán nuestros abonados la representacion exacta del *Lago de patinadores*, recientemente construido en el Retiro bajo la direccion del Sr. Albareda.

En nuestro número próximo publicaremos un detenido artículo sobre la historia del Buen Retiro, mejoras en él actualmente introducidas, y otras que pueden hacerse, y con este motivo daremos todos los detalles concernientes al grabado que origina estas líneas.

Hoy sólo diremos que el espacio circular del Lago mide ocho mil metros cúbicos. En la época de los hielos servirá para que los aficionados á patinar luzcan su agilidad y firmeza, atrayendo elegantes damas y ese mundo confortable, para quien el frio sólo significa una ocasion en que lucir costosas pieles. En Primavera, Verano y Otoño, el lago de Patinadores, cuya profundidad no pasa de una tercia en lo más intrincado de sus abismos, permitirá á la generacion menuda infantil, entregarse á pueriles juegos marítimos, sin temor á catástrofes y bajo la tierna mirada de los autores de sus días ó la mercenaria y responsable de las ayas y damas de compañía.

Habiendo tenido el Ayuntamiento la galantería de permitir la entrada de carruajes, cuando las calientes brisas de la Primavera cubran de menudo césped y flores la isleta del centro y las pendientes del lago, que colocado sobre una altura domina el horizonte, aquel sitio formará un delicioso lugar de recreo y un paseo sin rival en Madrid, y con muy pocos en otras capitales de Europa.

Pero nos extendemos demasiado. En nuestro próximo número procuraremos satisfacer á nuestros lectores, única aspiracion que nos anima y sostiene en la difícil tarea que hemos emprendido.

R. C.

CARTONES DE GOYA

SUSTRAIDOS DEL PALACIO REAL DE MADRID.

No hace mucho hablaron los periódicos de la sustracion de seis cartones de los varios que pintó Goya para la coleccion de tapices que existia en el Pardo, y que posteriormente se ha trasladado al nuevo Museo de Tapices establecido en el Escorial.

La Direccion del Patrimonio que fué de la Corona, despues de practicar las oportunas diligencias así dentro como fuera de España para recuperar estos notables cartones, ha tenido la feliz idea de mandarlos reproducir, valiéndose para ello de los tapices en que se copiaron, á fin de que una vez conocido el asunto de los cuadros, se haga imposible su venta.

LA ILUSTRACION DE MADRID se ha apresurado á secundar este pensamiento, dando cabida en sus columnas á los dibujos que representan los citados cartones, comprendiendo que al par que ayuda á la publicidad del hecho, ofrece á sus lectores una nueva muestra del fácil talento y la gracia de uno de nuestros más populares pintores.

LA TUMBA Y LA ROSA.

(VICTOR HUGO.)

La tumba dice á la rosa:
—¡Qué haces, flor de los amores,
De las que el alba llorosa
Lágrimas de amor te dá?
—¡Y qué haces tú, lecho umbrío,
La flor á su vez pregunta,
De lo que á tu centro frío
A dormir por siempre vá?

—De esas lágrimas doradas,
Dice la flor, tumba triste,
En esencias delicadas
La miel convirtiendo voy. —
—Viva flor que el alba riega,
Dice la tumba, yo en tanto
De cada alma que me llega
Un ángel al cielo doy.

R. SATORRES.

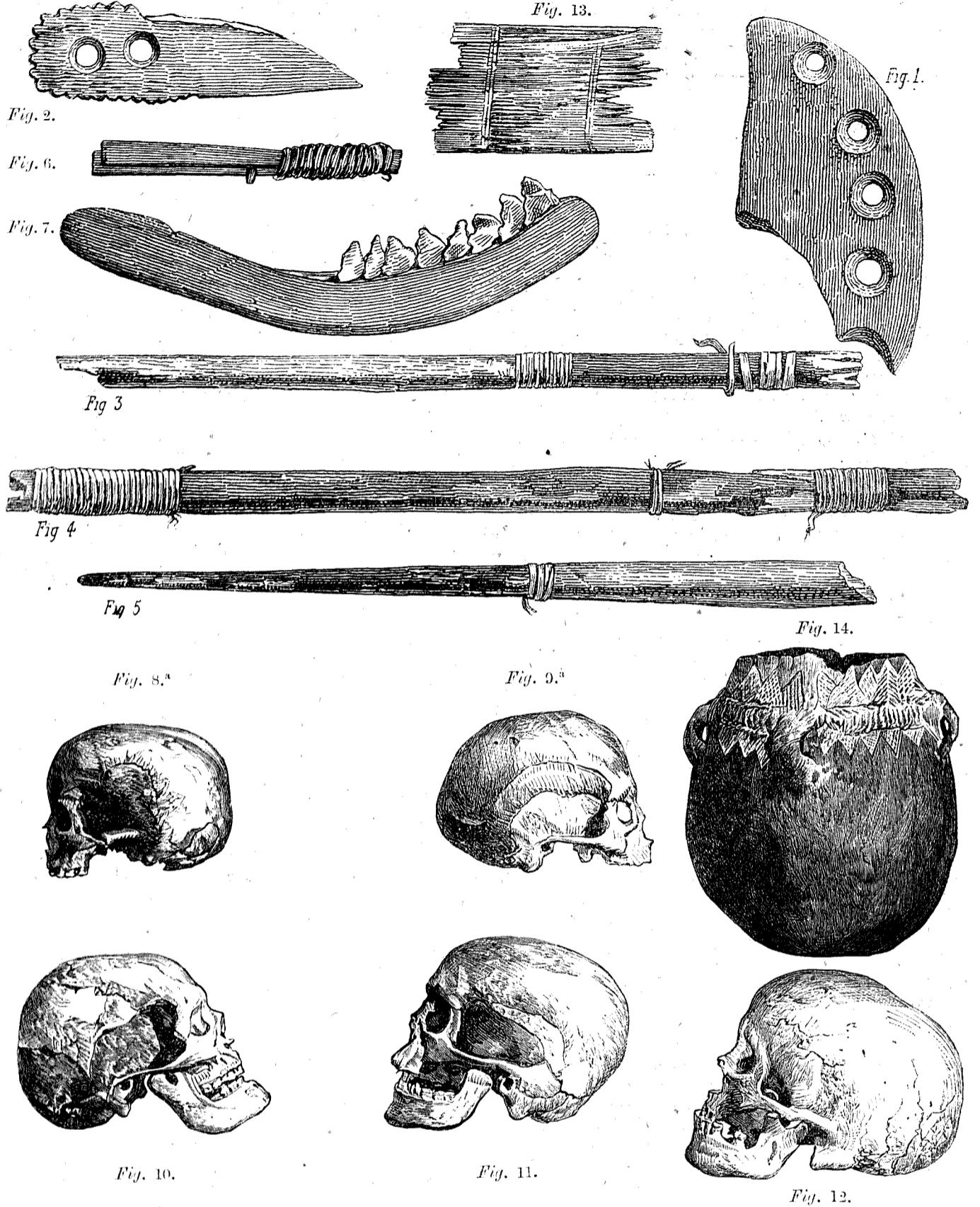
INTERRUPCION
DE LA LÍNEA FÉRREA DEL NORTE,
OCASIONADA POR LAS NIEVES.

El último temporal de nieves, general en casi toda España, ha dado ocasion á que las empresas de ferrocarriles desplieguen grande actividad para restablecer la circulacion interrumpida en diversas líneas, ensayando á este fin, entre otros medios, el uso de las máquinas quita-nieves, que han producido gran resultado.

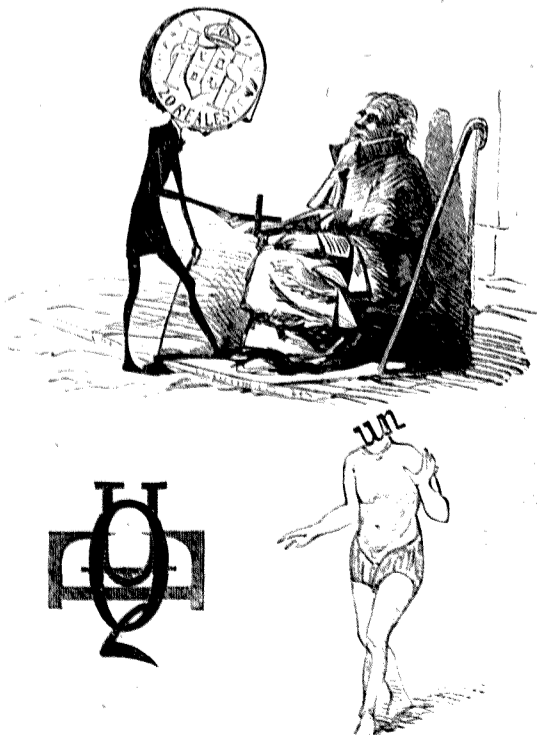
La inspeccion facultativa del Gobierno ha visto con satisfaccion, que así en Santander, Bilbao y Avila, como en otros muchos puntos, en algunos de los cuales llegaron á acumularse las nieves sobre la vía hasta doce varas de espesor los trabajos se han practicado con tal acierto y prontitud, que el servicio público ha sufrido interrupciones relativamente cortas, si se atiende á lo excepcional de los temporales.

Nuestro dibujo dará idea á los lectores de LA ILUSTRACION DE MADRID de estos trabajos, y del magnífico panorama que ofrecia el punto en que ocurrió una de estas interrupciones, situado entre Naval-grande y Avila.

ILUSTRACIONES CORRESPONDIENTES A LOS ESTUDIOS PREHISTÓRICOS.



JEROGLÍFICO.



(La solución es el número posterior.)

Solución del autor.

LA DEFENSA EMPEORA UNA MALA CAUSA.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los dias 12 y 27 de cada mes.

Cada número consta de 16 páginas, con grabados *exclusivamente españoles*, intercalados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Un mes.	8 reales.
Tres meses.	22 »
Medio año.	42 »
Un año.	89 »
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	30 »
Seis meses.	56 »
Un año.	100 »
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	70 »
Un año.	140 »
AMÉRICA Y ASIA.	
Un año.	240 »
Cada número suelto en Madrid.	4 »

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacquería de las Cuatro Calles, librerías de Escrivano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Gaspar y Roig y almacén de papel de Barrio, Corredera Baja, núm. 39.

PROVINCIAS.—En las principales librerías.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.	
Un mes, las dos publicaciones.	40 »
Tres meses.	28 »
Medio año.	52 »
Un año.	100 »

EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	50 »
Medio año.	94 »
Un año.	170 »

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	180 »
Un año.	350 »

NOTA. No se servirá suscripcion alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correos.

IMP. DE EL IMPARCIAL, PLAZA DE MATUTE, 5.